

En 1946, Víctor Raúl Haya de la Torre, líder del Aprismo peruano, dijo de los socialistas chilenos: “Ellos desprecian la democracia porque no les ha costado nada adquirirla. Si tan sólo conocieran la verdadera cara de la tiranía”<sup>240</sup>. Ha sido precisamente el advenimiento de un régimen autoritario, tras el golpe de Estado del 11 de septiembre de 1973, lo que ha llevado a un significativo sector del socialismo chileno —conocido como izquierda renovada— a un profundo replanteamiento en torno al tema de la democracia. La experiencia de haber conocido —y sufrido en carne propia— la “verdadera cara de la tiranía”, unida a otros factores tanto internos como externos que señalaremos, ha conducido en forma creciente al surgimiento de lo que hemos denominado un nuevo socialismo democrático.

Éste aparece como un punto de convergencia de distintas corrientes históricas y recientes de la izquierda chilena, las que van aglutinándose en torno a uno de los dos sectores que resultan de la división del Partido Socialista en 1979. El rasgo más característico de este nuevo socialismo democrático es la revalorización de la democracia política; por su parte, el socialismo es visto como una tarea de profundización de la democracia y no como alternativa a la misma.

Nuestra hipótesis central es que este nuevo socialismo democrático surge a partir de la traumática experiencia de la dictadura militar instalada en el poder a partir del golpe de Estado de septiembre de 1973. Ello ha conducido, en el seno de esta izquierda renovada, a una radical autocrítica en torno a la experiencia de la Unidad Popular, a una labor de “rescate” de los elementos democráticos presentes en la evolución del socialismo chileno, y a la búsqueda hacia el futuro de una nueva síntesis entre socialismo y democracia, cuyo núcleo central está constituido por la afirmación del valor de las instituciones de la democracia representativa. En todo este proceso, el socialismo europeo aparece como la principal influencia externa.

Es al estudio de este proceso que dedicaremos el presente capítulo, concentrándonos más en el nivel del debate intelectual que del desarrollo orgá-

<sup>240</sup> En Miriam Hochwald, *Imagery in Politics: a Study of the Ideology of the Chilean Socialist Party* (UCLA, Tesis de Doctorado, University Microfilms International, Ann Arbor, Michigan, 1981), 16.

nico, el que aún no está concluido. A diferencia de los capítulos anteriores, en consideración a lo reciente y rico de este debate y aun al precio de abusar de las citas, procuraré, en la medida de lo posible, recurrir a las propias expresiones y dichos de los actores involucrados en este proceso.

### *El Impacto de la Dictadura*

Hacia comienzos de la década del setenta, bajo la Unidad Popular y en el contexto latinoamericano, se había acuñado, especialmente en círculos intelectuales de la izquierda más radicalizada, la consigna "socialismo o fascismo". Sin embargo, el advenimiento al poder de diversos regímenes autoritarios, en Chile y los países del Cono Sur de América Latina, pronto hizo ver a significativos sectores de la izquierda chilena y latinoamericana que el verdadero dilema por resolver era el de "autoritarismo o democracia". Pero, más allá de una mera discusión táctica, lo que interesa destacar en las páginas siguientes es que este nuevo dilema, para un significativo sector de la izquierda chilena, adquirió el carácter de un verdadero replanteamiento teórico, en la dirección de una revalorización profunda de la democracia política.

El advenimiento de un régimen autoritario, frente a la experiencia previa de una democracia avanzada como la que existió en Chile hasta 1973, hizo que este sector de la izquierda chilena llevara a cabo un profundo replanteamiento teórico y político en torno a la cuestión de la democracia. Ello, a su vez, condujo a una reformulación de la relación entre socialismo y democracia.

El advenimiento de la dictadura chilena no condujo, sin embargo, al menos inicialmente y en forma directa, a una discusión sobre la cuestión de la democracia. La primera reflexión surgió a propósito de la cuestión de los derechos humanos. En efecto, en lo que primero se hizo sentir el peso de la dictadura fue en lo que se refiere a la violación sistemática y brutal de los derechos humanos. Ninguna fuerza política sufrió las consecuencias de esta situación como la izquierda. Al interior de esta última surgió un creciente despertar acerca de la relación entre autoritarismo y derechos humanos, y la necesidad de velar por la debida protección de estos últimos. "De la experiencia del autoritarismo —señala Norbert Lechner— (como antes de la vivencia del fascismo), surge la aspiración por un conjunto de normas supraleales, o sea sustraídas al debate político y, al contrario, marco normativo de éste. Fruto de esa aspiración y de su actualidad son los derechos humanos"<sup>241</sup>.

Más allá del terror de los primeros años y de la política de catacumbas en que hubo de sumirse la izquierda, añade Ángel Flisfisch, miembro del Comité Central del Partido Socialista, la situación represiva de la dictadura militar planteó para la izquierda la necesidad de una mayor "consistencia

<sup>241</sup> Norbert Lechner, "¿Revolución o Ruptura Pactada", en Fundación Pablo Iglesias, *Caminos de la Democracia en América Latina* (Madrid, Editorial Pablo Iglesias, 1985), 295.

cognitiva", en el sentido de velar por el valor permanente y universal de los derechos humanos, frente a cualquier tipo de régimen político<sup>242</sup>.

Muy pronto la reflexión se transformó en un replanteamiento en torno a la importancia de las formas políticas y, muy en particular, del tipo de régimen político que se postula como deseable. La violación sistemática de los derechos humanos no tenía lugar en un vacío político, sino, muy concretamente, bajo un régimen autoritario. Lo anterior condujo no sólo a una revalorización de la democracia política —en cuanto régimen político que garantiza efectivamente la vigencia de los derechos humanos—, sino a la necesidad de adoptar una postura crítica frente a toda forma de autoritarismo, de derecha o izquierda. Dos de los principales intelectuales y altos dirigentes de la izquierda renovada se refieren a esta materia en los siguientes términos.

Según Jorge Arrate, secretario general del PSCH a partir de 1989, "el autoritarismo del régimen implantado en Chile influye en consolidar el antiautoritarismo en el seno de la izquierda, que se proyecta de un modo general, es decir, que abarca también el repensamiento del tipo de socialismo que se propugna y su vinculación con la libertad. La pérdida de la democracia y el desprecio con que la considera el discurso 'oficial' en Chile induce una más profunda consideración del valor, sentido y contenidos de la democracia política y de la participación popular en las decisiones de gobierno. La violación y supresión de importantes derechos de la persona humana, antes consagrados en los textos legales y adoptados por la vida social chilena, genera una revalorización de su existencia y transforma el tema en tópico ineludible de los programas o propuestas sociales de la izquierda"<sup>243</sup>.

Por su parte, Manuel Antonio Garretón, miembro del Comité Central del PSCH, afirma que "la experiencia de la dictadura enfrentó al socialismo y a la izquierda chilena con una realidad que no podía sino incidir en la reformulación de su proyecto teórico, ideológico y político. En efecto, la naturaleza del golpe militar y de la dictadura mostró que en estos países con clases medias diversificadas y ejércitos modernos, la alternativa real no era socialismo o fascismo, sino dictadura militar o democracia política, en el que una mayoría socio-política va realizando transformaciones con sentido socialista"<sup>244</sup>.

Detrás de estas afirmaciones acerca del valor de la democracia, como resultado de la experiencia vivida bajo la dictadura, está el cuestionamiento y revisión de algunas viejas concepciones que hoy se estiman equivocadas, estrechas o insuficientes. La crítica (o autocrítica en este caso) está básica-

<sup>242</sup> Ángel Flisfisch (entrevista personal, 28 de noviembre de 1986).

<sup>243</sup> Jorge Arrate, *El Socialismo Chileno: Rescate y Renovación* (Barcelona, Ediciones del Instituto para el Nuevo Chile, 1983), 93.

<sup>244</sup> Manuel Antonio Garretón, "¿En qué Consistió la Renovación Socialista? Síntesis y Evaluación de sus Contenidos", en Centro de Estudios Valentín Letelier (Ceval), *La Renovación Socialista: Balance y Perspectivas de un Proceso Vigente* (Santiago, Ediciones Valentín Letelier, 1987) 25. Ver, también, en una línea similar, Tomás Moulián, "Dictadura, Democracia y Socialismo", en *Chile-América* 164-65, junio-septiembre de 1980) 107; y Grupo por la Convergencia Socialista, "Convergencia Socialista: un Horizonte Democrático", en *Convergencia* (3-4, agosto-octubre de 1981), 55.

mente dirigida a aquella concepción que pone el acento en el carácter meramente “formal” o “burgués” de la democracia. En el primer caso, la alternativa sería lo que suele denominarse una democracia “real”. Sin embargo, como señala Armando Arancibia, miembro del Comité Central del PSCH, “el desconocimiento de la democracia formal en razón de reemplazarla por la denominada democracia real ha llevado generalmente a renunciar a la democracia misma”<sup>245</sup>. En este sentido, la experiencia autoritaria ha hecho que el conjunto de normas y procedimientos comúnmente asociados a la democracia “formal” (sufragio universal, alternancia en el poder, separación de poderes, *habeas corpus*, Estado de Derecho, entre otros) sean valorizados en toda su extensión. Como señala Ernesto Ottone, ex dirigente comunista, surge con mayor claridad “la validez sustantiva de las llamadas formas democráticas” (el destacado es de Ottone)<sup>246</sup>.

En lo que se refiere a la democracia “burguesa”, la autocrítica es aún más radical. En el fondo de dicha autocrítica está la idea de que, lejos de ser una “concesión” de la burguesía, la democracia es históricamente, y en el contexto del proceso chileno, una verdadera conquista popular, la que ha de ser preservada y profundizada. Es así como Garretón indica que “la democracia política no es una pura táctica o instrumento sino una conquista histórica popular que la constituye en el lugar al interior del cual debe darse la lucha por el socialismo”<sup>247</sup>.

De alguna manera, detrás de estas concepciones —al menos en el contexto del proceso político chileno— estaba el acostumbramiento a las instituciones de la democracia representativa. Así, la crítica a sus insuficiencias o limitaciones no iba acompañada de un análisis más detenido de sus potencialidades y virtudes. La izquierda chilena, señala Moulián, consideró a la democracia “en una doble dimensión: como lo dado y como un obstáculo”<sup>248</sup>. En una línea similar, Jorge Arrate advierte que, junto con un cierto orgullo por la democracia chilena, la izquierda siempre mantuvo una buena dosis de “desprecio” hacia la misma, basada en su carácter meramente “representativo” y “formal”<sup>249</sup>. Ambos autores, sin embargo, concluyen en que, tras la experiencia autoritaria, esta concepción resulta inadecuada e insuficiente y deja

<sup>245</sup> Armando Arancibia, “Democracia y Socialismo”, en *Convergencia* (5-6, noviembre 1981-enero 1982) 5. En una línea similar, Julio Silva Solar señala: “Sabemos que la democracia real quiere decir más que la democracia formal pero también sabemos que sin democracia formal no hay democracia real” (“¿Hacia una Nueva Fase del Socialismo?”), en *Opciones*, 7, septiembre-diciembre, 1985), 101.

<sup>246</sup> Ernesto Ottone, “Democratización y Nueva Hegemonía en Chile”, en Jorge Arrate y otros, *Siete Ensayos sobre Democracia y Socialismo en Chile* (Santiago, Ediciones Documentas, Vector, 1986), 139.

<sup>247</sup> Manuel Antonio Garretón, “Una Alternativa Socialista”, entrevista en revista *Apsi* (125, septiembre de 1985) 20. En una perspectiva similar, ver Tomás Moulián, “Crítica a la Crítica Marxista de las Democracias Burguesas”, en Descu, *América Latina 80: Democracia y Movimiento Popular* (Lima, Descu, 1981), 56.

<sup>248</sup> Tomás Moulián, *Democracia y Socialismo en Chile* (Santiago, FLACSO, 1983), 165.

<sup>249</sup> Jorge Arrate, *La Fuerza Democrática de la Idea Socialista* (Santiago, Las Ediciones del Ornitornico, 1985), 254.

al descubierto un gran vacío teórico en el análisis tradicional de la izquierda marxista.

Superar esta concepción del todo insuficiente en torno a la democracia política, característica de la izquierda tradicional, apareció como un desafío ineludible en este proceso de renovación.

Sería interminable hacer referencia al sinnúmero de escritos (libros, artículos, documentos partidarios, declaraciones) que van recepcionando esta idea central de que la democracia tiene un valor en sí misma —más allá de toda visión táctica o instrumental— y que, desde la propia perspectiva socialista, constituye el mejor régimen político de gobierno. Tal vez uno de los casos más representativos de esta tendencia, por sus altas responsabilidades en la dirección partidaria y la radicalidad de su replanteamiento político e ideológico, sea el del propio Carlos Altamirano.

Tal como lo hemos señalado en el capítulo anterior, hacia 1973 Altamirano era el jefe máximo de un partido que, al menos desde mediados de la década anterior, se había definido en lo esencial por una postura leninista. En esta perspectiva, la democracia era vista simplemente como la forma política que adquiriría la dominación burguesa al interior de un sistema capitalista.

Hacia la segunda mitad de la década del setenta, y coincidiendo con el proceso de división socialista, Altamirano, junto a todo un sector del Partido Socialista, empieza a replantearse esta perspectiva asumiendo con el tiempo una posición radicalmente distinta. Ya en su mensaje a los socialistas chilenos, en junio de 1977, Altamirano se refiere a la evolución social y política de Chile en términos de “una de las democracias liberales más avanzadas del mundo”<sup>250</sup>. Un año más tarde, en el así llamado Congreso de Argel (que en realidad fue en Berlín), ya más próximo a una perspectiva gramsciana, Altamirano se refiere a la “acusada subestimación del papel decisivo que juegan los factores superestructurales en un proceso transformador”. Añade que una de las debilidades de este análisis condujo a “la ausencia de una concepción coherente sobre las relaciones entre socialismo y democracia”. La democracia chilena, en virtud de este análisis, fue considerada casi como un “dato de la causa”, pasando “desapercibido el rol fundamental que al movimiento popular le había correspondido en la instauración y perfeccionamiento de las instituciones democráticas”<sup>251</sup>.

No obstante, a las alturas del Congreso de Argel, Altamirano y el Partido Socialista en cuanto tal aún adhieren a los “principios del marxismo y del leninismo” (en palabras del propio Altamirano). Es la división del Partido Socialista, en 1979, la que determina una situación distinta, en la que, cada vez más, se va adoptando una definición democrática en oposición a una concepción leninista.

El inicio del conflicto que dio lugar a la división de 1979 puede localizarse

<sup>250</sup> Carlos Altamirano, *Mensaje a los Socialistas en el Interior de Chile* (Mimeo, junio de 1977), 14.

<sup>251</sup> Carlos Altamirano, *El Pensamiento Socialista Chileno* (Ciudad de México, Departamento de Difusión y Propaganda, Partido Socialista de Chile, 1978) 8 y sgtes.

en un documento de la Dirección Interior (DI) del Partido Socialista, de marzo de 1974. Dicho documento, redactado por la dirección socialista que sobrevivió al golpe militar, compuesta por Exequiel Ponce, Carlos Lorca y Ricardo Lagos S. (todos ellos pertenecientes al grupo de los Elenos —Ejército de Liberación Nacional— y miembros del Comité Central elegido en La Serena), asume una revisión crítica del pasado reciente del partido y de la derrota de la Unidad Popular, desde una perspectiva leninista.

En síntesis, dicho documento plantea que la causa de la derrota de 1973 debía encontrarse en las "insuficiencias de la vanguardia"; esto es, en el nivel de las condiciones "subjetivas" de la revolución<sup>252</sup>. Hacia el futuro el documento reafirma, desde una perspectiva marxista-leninista, la necesidad y vigencia de la revolución socialista, orientada hacia la construcción de la dictadura del proletariado. Ello demandaba la existencia de una "vanguardia organizada", de una "dirección única proletaria" que no tolerara en su interior a "francotiradores de izquierda" y "cesviaciones de derecha". Ambas desviaciones, añade el documento, la del "cretinismo parlamentario" y el "extremismo infantil", habrían sido las causantes de que en el pasado el partido careciera de una dirección única. En una referencia velada al propio Altamirano dicho documento señala que, en el pasado, el centralismo democrático, pese a haber sido adoptado oficialmente por el partido, no habría sido implementado "por el factor decisivo de predominio de la pequeña burguesía en su conducción y su incapacidad para proletarizarse".

En síntesis, como indica Arrate, la derrota de 1973 se habría producido, según esta postura, por no haber sido la izquierda "suficientemente leninista"<sup>253</sup>.

Dicha postura, originada en el mencionado documento de marzo de 1974, fue tomando cuerpo en diversos sectores del Partido Socialista, los que se fueron aglutinando en torno a la llamada Dirección Interior. Aun cuando formalmente la dirección del partido estaba radicada en el exterior (más precisamente en el Secretariado Exterior, con sede en Berlín, conducido por el propio Altamirano), en los hechos la conducción del partido quedó radicada en el interior. En esas condiciones la DI logró organizar tres plenos clandestinos, en los años 1976, 1977 y 1979, los que sirvieron para ir consolidando su posición. Precisamente en este último pleno, celebrado en los meses de febrero-abril de 1979, se decidió la expulsión de Altamirano como secretario general del partido. Ello fue posible con la complicidad del sector proclive a esta postura en el propio Secretariado Exterior, en el que Altamirano había quedado en una posición minoritaria de 5 a 4.

La ruptura se consumó en el mes de abril de 1979, quedando constituidos dos partidos: uno, dirigido por Clodomiro Almeyda —hasta ese entonces subsecretario general del partido—, y otro dirigido por Altamirano. Este último, por su parte, acusó a aquéllos de ser una "camarilla estalinista" que

<sup>252</sup> Comité Central del Partido Socialista (Mimeo, Santiago, marzo de 1974), 8.

<sup>253</sup> Jorge Arrate, "El Socialismo Chileno: Rescate y Renovación", op. cit., 50.

había tomado el poder por asalto, junto con desconocer su expulsión como secretario general del partido.

Tal fue, pues, el desenlace del proceso iniciado con el documento de marzo de 1974<sup>254</sup>. De la división de 1979, la más dramática y radical de la historia del Partido Socialista, resultarían dos partidos, con marcadas diferencias ideológicas y políticas: uno, de definición marxista-leninista dirigido por Almeyda, y otro de reafirmación democrática y alejamiento progresivo de las tesis leninistas, dirigido por Altamirano. Sería en torno a este último sector del Partido Socialista, del que Altamirano dejaría de ser secretario general hacia 1981, que tendría lugar el proceso de renovación socialista.

En un documento de 1980, volviendo al tema del replanteamiento en torno a la democracia política, Altamirano señalaba lo siguiente: "Ha sido una lección derivada de nuestra experiencia reciente, el haber menospreciado las conquistas democráticas alcanzadas por nuestro pueblo y desconsiderar algunos logros evidentes de la democracia liberal, que el socialismo no elimina, sino, por el contrario, profundiza"<sup>255</sup>. Esto marcaría la pauta de un importante replanteamiento ideológico y político por parte de Altamirano, expresivo del fenómeno más global que hemos señalado.

Según Altamirano, el gran error histórico de la izquierda socialista habría consistido en no haber entendido la "especificidad" de Chile, la que estaría dada por su "evolución política y social"<sup>256</sup>. En el centro de dicha evolución y desde muy temprano, estaría la constitución de un Estado de Derecho y de unas instituciones republicanas que, entre otras cosas, consideraron la sujeción del poder militar al poder civil. Tal habría sido, según Altamirano, el aporte fundamental de Diego Portales, forjador del Estado chileno y de un sistema político que en sus rasgos específicos duró hasta 1891, pero que en sus aspectos generales, perduró hasta 1973. En este sentido, añade Altamirano, sobre la base de estos pilares fundamentales constituidos por la república y el Estado de Derecho, puede decirse que "Allende es la continuación histórica de Portales y Pinochet su negación".

Lo más característico de dicha evolución estaría constituido por un sistema democrático que, comparativamente, habría sido bastante avanzado. Ello, pese a las limitaciones económicas (subdesarrollo) y culturales (tradición católico-hispánica) existentes. El error de la izquierda socialista habría consistido en no dar cuenta de este fenómeno.

---

<sup>254</sup> Sobre este proceso de división socialista se puede ver: Carmelo Furci, "The Crisis of the Chilean Socialist Party (PSCH) in 1979" (London, University of London, Institute of Latin American Studies, Working Paper 11); Benny Pollack and Hernan Rosenkranz, *Revolutionary Social Democracy: the Chilean Socialist Party* (London, Frances Pinter (Publishers), 1986) 186 y siguientes; y el "Dossier" sobre "La Crisis en el Socialismo Chileno", publicado en *Chile-América* (54-55, junio-julio 1979).

<sup>255</sup> Carlos Altamirano, citado en Andrés Benavente, "Panorama de la Izquierda Chilena, 1973-1984", en *Estudios Públicos* (18, Otoño de 1985).

<sup>256</sup> Carlos Altamirano (entrevista personal, los días 5, 6 y 7 de agosto de 1984). Las citas que siguen a continuación son tomadas de esta entrevista. Muchos de estos conceptos serían más tarde confirmados por el propio dirigente socialista, en el libro-entrevista de Patricia Politzer, *Altamirano* (Ediciones B, Grupo Z, Buenos Aires, 1989).

Para explicar esta carencia, Altamirano alude a que, al menos hasta la década del cincuenta, “el socialismo chileno no se preocupó ni teorizó sobre el problema de la democracia”. Las influencias anarquistas, trotskistas y populistas habrían contribuido, al menos en parte, a este fenómeno. En todo caso, añade Altamirano, se mantuvo una permanente ambigüedad en relación a la democracia. La situación se habría hecho aún más crítica desde fines de la década del cincuenta. El proceso de marxistización, leninización y cubanización del socialismo chileno, habría contribuido a ello; y, añade Altamirano, “en eso estábamos todos; no había dos opciones dentro del socialismo”. En síntesis, concluye Altamirano, “tendríamos que haber dado un mayor valor a esa democracia”.

Hemos querido enfatizar el caso de Altamirano, tal vez por ser el ejemplo más dramático de esta evolución en la dirección de un nuevo socialismo democrático. Lo interesante del caso de Altamirano y de quienes como él compartieron el exilio político en Europa, es que todo ello demuestra que, junto al impacto de la dictadura —factor determinante en todo este proceso—, el socialismo europeo aparece muy significativamente como la principal influencia externa. No es casualidad que Altamirano haya compartido su exilio entre Europa del Este (Berlín) y Europa Occidental (París). El contraste entre una y otra experiencia sería decisivo en su caso, como en el de tantos otros, en la dirección señalada. Pero, a ello nos referiremos en la próxima sección.

Lo que interesa en esta parte es enfatizar que, a consecuencia de la experiencia dictatorial, un sector significativo de la izquierda chilena se replantea en profundidad en torno al tema de la democracia. Ello implica no sólo alejarse de las concepciones leninistas, según veremos más adelante, sino también de viejas concepciones que consideraban en términos negativos, o al menos peyorativos, a la democracia “representativa”, “liberal”, “burguesa” o “formal”, entre tantos otros calificativos.

En esta nueva perspectiva, en cambio, la democracia es vista como un valor en sí misma; como una conquista popular y no como una mera “concesión” de la burguesía; como el régimen político que mejor protege los derechos humanos; como inseparable del socialismo; en síntesis, como señala Arrate, como “espacio y límite” de la acción política<sup>257</sup> o, en las palabras de Lechner, “más como esperanza que como problema”<sup>258</sup>.

Tal vez la mayor parte de los elementos contenidos en esta reflexión de verdadero replanteamiento en torno al tema de la democracia estén resumidos en un documento de un importante grupo de intelectuales y profesionales de distintos partidos de la izquierda chilena, pertenecientes a lo que en algún momento se conoció como la Convergencia Socialista. En dicho documento, este grupo de personas plantea el proceso de renovación de la izquierda en términos de una “triple ruptura”. Junto a una ruptura con la tradición ideo-

<sup>257</sup> Jorge Arrate, “La Fuerza Democrática de la Idea Socialista”, op. cit., 234.

<sup>258</sup> Norbert Lechner, “De la Revolución a la Democracia. El Debate Intelectual en América del Sur”, en *Opciones* (6, mayo-agosto de 1985), 58.

logizante de la izquierda chilena y con aquella política que pone el acento en su propio mundo —el de la izquierda— y no en la nación, dicho documento plantea que la principal ruptura es “con la ambigüedad respecto de la democracia política, a la que se adhirió, en la que se participó, pero a la que se dotaba de un valor casi puramente instrumental”<sup>259</sup>.

Este grupo de socialistas agrega, y concluye, en lo siguiente: “postulamos la democracia política como condición histórica necesaria para el desarrollo de reformas profundas que lleven a la progresiva eliminación de las explotaciones, opresiones y desigualdades sociales. La asumimos como la forma de convivencia más adecuada a la historia de Chile. Creemos que el socialismo no tiene otro modelo político para nuestro país que la democracia y que la lucha por ella y su conservación es un objetivo propiamente socialista. Somos, en consecuencia, partidarios de la democracia política y lo que ella conlleva: el estado de derecho, el pluralismo político, la alternancia en el poder, las libertades públicas, el respeto de mayorías y minorías”.

### *La Conexión Europea*

Como hemos visto en el capítulo anterior, las influencias externas siempre han pesado fuertemente en la vida del Partido Socialista. Lo que queremos enfatizar en esta sección es que, en el caso de la influencia del socialismo europeo y a diferencia de las influencias anteriores, ella ha operado en una dirección de reafirmación democrática.

En efecto, en un primer período la influencia del populismo latinoamericano no hizo sino contribuir a la mantención de una cierta ambigüedad y, en todo caso, de una visión meramente instrumental en torno a la democracia. Más tarde, la influencia aún más decisiva de la Revolución Cubana condujo derechamente a un cuestionamiento de la así llamada democracia “formal” o “burguesa” y de la “vía electoral”, y a una postura de franca y creciente oposición a las instituciones de la democracia representativa.

En el caso del período que comienza en 1973 sucede lo contrario. La influencia del socialismo europeo incide en un proceso de reafirmación democrática. Por un lado, la crisis de los “socialismos reales” conduce a una visión crítica respecto de las tendencias autoritarias de dichos regímenes. Por otro lado, se produce una suerte de descubrimiento de las raíces democráticas de los socialismos de la Europa Occidental, sin que ello signifique, necesariamente, la adopción del modelo socialdemócrata. A decir verdad, el socialismo chileno nunca había mirado seriamente a las experiencias del socialismo europeo, como no fuese para denunciar su carácter meramente “reformista” y “socialdemócrata” —en términos claramente peyorativos. El exilio de la izquierda chilena hace variar radicalmente esta perspectiva.

Diríamos que, en general, este exilio coincide con el desarrollo de un triple proceso al interior de la izquierda europea: el surgimiento del euroco-

<sup>259</sup> Carta de un grupo de intelectuales y profesionales a Carlos Briones, secretario-general del PSCH (1984-1986), de 12 de junio de 1985 (Mimeo).

munismo, en que destacan las actuaciones de Enrico Berlinguer y el Partido Comunista Italiano (PCI), con el trasfondo del trabajo teórico de Antonio Gramsci; el surgimiento y advenimiento al poder de gobiernos socialistas de nuevo cuño, especialmente en la Europa meridional (François Mitterrand en Francia, Felipe González en España, Mario Soares en Portugal, Andreas Papandreu en Grecia) —algunos de ellos después de años y hasta décadas de autoritarismo—; y, finalmente, la crisis en el mundo de los "socialismos reales", la que va dejando al descubierto los rasgos autoritarios de dichos regímenes. Como veremos en este último caso, los eventos en Polonia (1979-1981) con la represión del Movimiento Solidaridad tendrán gran importancia para los socialistas chilenos.

Lo primero, pues, es constatar el contexto en el que tiene lugar el exilio de la izquierda chilena y, muy en particular, el momento histórico que se vive en Europa. Como señala Flisfisch, "si el exilio de la izquierda chilena hubiese tenido lugar, por ejemplo, en 1968 —como fue, en su momento, el caso del exilio de la izquierda brasileña— tal vez otra habría sido la historia"<sup>260</sup>.

Junto con el momento histórico, es importante considerar el desplazamiento geográfico. Los dirigentes de la izquierda socialista chilena se establecieron en distintos puntos de Europa, del Norte y el Sur, del Este y el Oeste. Entre los países nórdicos, Suecia recibió el mayor número de exiliados chilenos y, aunque pueda parecer trivial, justamente la solidaridad de los socialistas europeos para con los exiliados chilenos fue el primer paso en el proceso de descubrimiento y valorización del socialismo europeo<sup>261</sup>.

En Europa del Este, y más específicamente en Berlín oriental, se instaló la dirección del Partido Socialista, encabezada por Altamirano. Junto a él estuvieron, en distintos momentos, Ricardo Núñez, Erich Schnake, Carmen Ansaldi y Alejandro Jiliberto, entre otros. Todos ellos asumirían una visión crecientemente crítica respecto de las tendencias autoritarias en los sistemas comunistas del Este y serían algunos de los principales impulsores del proceso de renovación de la izquierda chilena.

También es interesante destacar la presencia de dirigentes socialistas de nivel intermedio, especialmente sindicales, en Polonia. Ellos vivirían de cerca el proceso protagonizado por Solidaridad y lo asumirían como propio. Algunos de ellos serían incluso expulsados de Polonia, pasando a radicarse en Suecia.

En Europa Occidental algunos, como el propio Altamirano tras el quiebre socialista de 1979, se radican en París. En dicha ciudad permanecen también algunos socialistas que provienen del MIR, como Carlos Ominami y Gonzalo D. Martner. Ellos contribuyen a crear la Asociación para el Estudio de la Realidad Chilena (Aser-Chile) y participan activamente en el proceso de

<sup>260</sup> Ángel Flisfisch (entrevista personal, 28 de noviembre de 1986). Ver también, en el mismo sentido anterior, una entrevista a Flisfisch en *Revista Cores* (3 de mayo de 1984), 17.

<sup>261</sup> Sobre la cuestión del exilio chileno, ver Alan Angell y Susan Carstairs, "The Exile Question in Chilean Politics", en *Third World Quarterly* (1, enero de 1987).

renovación de la izquierda y en la creación de la Convergencia Socialista. Otros, como Jorge Arrate, Luis Jerez y Waldo Fortín, se radican en Holanda y forman el Instituto para el Nuevo Chile, el que aparecería como uno de los principales focos del proceso de renovación de la izquierda chilena.

En Europa meridional hay también importante presencia socialista. Tras el quiebre de 1979, Erich Schnake y Alejandro Jiliberto se radican en España y se unen a Darío Pavez, quien ya se encontraba en dicho país. Los tres crearán estrechos vínculos de colaboración con el PSOE, junto con establecer lazos permanentes entre este último y el socialismo chileno. Pero, sin duda que el núcleo más importante —por ser el primero en formarse y en “engancharse” con el socialismo europeo— es el que se forma en Roma. Este grupo, formado por Jorge Arrate, Homero Julio, Raúl Ampuero, José Antonio Vieragallo, Julio Silva Solar y José Miguel Insulza, entre otros, creará estrechos lazos con el PCI y se nutrirá principalmente del pensamiento de Antonio Gramsci. Este grupo, en colaboración con exiliados demócratacristianos, funda una revista (*Chile-América*), que servirá como el primer y principal punto de encuentro y debate en el proceso de renovación de la izquierda. En dicho proceso destacan con toda claridad los aportes teóricos de Gramsci y el papel del PCI, en pleno período del eurocomunismo.

Veamos cómo se percibe, de parte de los propios exiliados y de distintos personeros del socialismo chileno, este proceso.

“Roma —señala Jorge Arrate— es lo que más me marca; es el gran impacto entre nosotros, tal como antes lo fuera la Revolución Cubana y, más tarde, el gobierno de Allende y la Unidad Popular”. “En esos años —añade el dirigente socialista— puede decirse que cambié mi visión política”. Agrega que, junto con los aspectos característicos del comunismo italiano, le llamó la atención la crítica dirigida a los “socialismos reales”. “Empecé a leer a Gramsci en Roma y terminé en Berlín”, señala Arrate, aludiendo al hecho de pasar desde la lectura de un “anti-Lenin”, como considera que es Gramsci, a “un país leninizado”, como considera que es Alemania Oriental<sup>262</sup>.

En una línea similar, José Antonio Vieragallo señala que “la influencia decisiva es el PCI”<sup>263</sup>. Dicho dirigente, escribiendo en la revista *Chile-América*, de la que es editor, realiza un análisis gramsciano de la crisis chilena, dando lugar a una prolongada polémica. Caracteriza la crisis anterior a 1973 como una crisis “orgánica”, la que habría culminado con el triunfo del fascismo<sup>264</sup>. En un artículo posterior llama a superar dicha crisis con miras a la construcción de un nuevo “bloque histórico” que sea capaz de realizar, en el conjunto de la sociedad chilena, una nueva “hegemonía”<sup>265</sup>.

<sup>262</sup> Jorge Arrate (entrevista personal, 29 de septiembre de 1987).

<sup>263</sup> José Antonio Vieragallo (entrevista personal, 12 de diciembre de 1986).

<sup>264</sup> José Antonio Vieragallo, “Chile: Crisis en Perspectiva”, en *Chile-América* (10-11, septiembre-octubre, 1975).

<sup>265</sup> José Antonio Vieragallo, “Proyecto Democrático para Chile” en *Chile-América* (25-26-27), noviembre, diciembre de 1976-enero de 1977), 59.

Algunos años después (septiembre de 1982), en un congreso realizado en Chantilly, organizado por el Instituto para el Nuevo Chile y la Aser-Chile, para analizar el tema de la renovación de la izquierda, Tomás Moulián dirá lo siguiente: "Sin el eurocomunismo o, más en general, sin el aporte del 'marxismo italiano', nuestra reflexión quizás hubiese seguido otros caminos"<sup>266</sup>. En una línea muy similar, referido al mismo tema —el de la renovación—, Alejandro Rojas indica que "la más significativa influencia de la Europa occidental en la crisis de la izquierda chilena ha sido la del marxismo italiano"<sup>267</sup>.

Podríamos mencionar otras múltiples referencias, entre los socialistas chilenos, sobre el impacto de Gramsci, el PCI y el eurocomunismo en el proceso de renovación de la izquierda chilena. Pero, más que el caso de Italia en particular, lo que interesa destacar es que, desde distintos países y experiencias vividas por la izquierda chilena en el exilio, se va descubriendo la verdadera naturaleza del socialismo europeo, en el que resalta su carácter democrático.

Entre otros efectos, dicho descubrimiento va paulatinamente rompiendo con el prejuicio tradicional de la izquierda chilena en relación al socialismo europeo. Ya en el llamado Congreso de Argel (1978), haciendo referencia al desarrollo histórico del Partido Socialista, Altamirano alude a la existencia de "un enfoque provinciano y esquemático de la realidad internacional, lo que nos llevó —entre otras cosas— a subestimar cualquier tipo de relación con los partidos socialistas y socialdemócratas europeos"<sup>268</sup>. Dos años más tarde, tras la ruptura socialista, en el llamado 24 Congreso, celebrado en París —de allí en adelante el sector de Altamirano del PSCH sería reconocido como el PS-24 Congreso—, en un documento titulado Ocho Tesis sobre una Estrategia Socialista para Chile, Altamirano llama a "reforzar nuestros vínculos con los partidos socialistas y socialdemócratas europeos". Se lamenta asimismo de que en el pasado "haya existido una escasa comprensión acerca de los orígenes, objetivos, y rol de estos partidos", pese a que ellos demostraron "una genuina simpatía por la experiencia revolucionaria chilena y, en particular, por Salvador Allende"<sup>269</sup>. Algunos años después, Altamirano señalará que el socialismo europeo había influido "mucho" en su propia evolución: "empecé a preguntarme si efectivamente los socialdemócratas eran grandes traidores a la causa del socialismo o simples oportunistas que habían abdicado de la utopía socialista en aras de administrar el capitalismo. Concluí que esas ideas no se ajustaban a la realidad"<sup>270</sup>.

Erich Schnake, miembro del Comité Central del PS, exiliado en Berlín y

<sup>266</sup> Tomás Moulián, "Sobre la Teoría de la Renovación: Notas Introductorias", en Encuentro de Chantilly, septiembre de 1982, publicado en *Chile-América* (82-83, 1982), 17.

<sup>267</sup> Alejandro Rojas, *The Problem of Democracy and Socialism in the Chilean Political Process from the 1880s to the 1980s* (Toronto, Canadá, Tesis de Doctorado, York University, 1984), 464.

<sup>268</sup> Carlos Altamirano, "El Pensamiento Socialista Chileno", op. cit., 47.

<sup>269</sup> Carlos Altamirano, citado en Pollack y Rosenkranz, op. cit., 197.

<sup>270</sup> En Politzer, op. cit., 160.

luego en España, señala que “en el pasado, para nosotros, el socialismo europeo era el gran administrador del capitalismo”. Añade que esa visión ha cambiado, sin que ello signifique la adopción, por parte de los socialistas chilenos, del modelo socialdemócrata europeo. En todo caso, más que uno o varios casos en particular, lo que sí existe es una “influencia global de la sociedad europea que apunta en la dirección de la democracia, especialmente en el período de la posguerra”. El contraste en materia de progreso entre Europa Occidental y Europa del Este, añade Schnake, es aún más evidente: “uno se queda con aquélla, su participación, y su alternancia en el poder”. En este contexto, concluye el dirigente socialista, no sólo desaparece la connotación peyorativa que tenía para los socialistas chilenos el socialismo europeo, sino que se adquiere una valoración positiva del mismo, como opuesta a la visión negativa que sí se adopta en relación a los “socialismos reales”<sup>271</sup>.

Por su parte, y en relación al socialismo de Europa Occidental en su conjunto —más allá de su especial valoración por la experiencia italiana en particular—, Arrate señala que si bien es cierto “no hay una influencia político-ideológica de la socialdemocracia” en cuanto modelo característico del socialismo europeo, lo que sí existe entre los socialistas chilenos es “una visión más equilibrada” de dicha experiencia. Ésta no sólo pierde el carácter peyorativo que tenía para los socialistas, sino que se valoriza su gran sentido de solidaridad, su pluralidad interna, su carácter progresista y, sobre todo, los estrechos márgenes en que se desenvuelve, en el contexto de una economía capitalista transnacionalizada y una realidad de bloques político-militares. Finalmente, en el socialismo europeo, concluye Arrate, Enrico Berlinguer, Olaf Palme y Willy Brandt son los dirigentes “que más admiro”. Como características comunes a los tres señala su “pragmatismo y eficacia, sin perder la utopía; su dimensión ética de la política y sus grandes valores humanos”<sup>272</sup>.

Todos estos testimonios de algunos de los más altos dirigentes socialistas en el exilio dan cuenta de un fenómeno de verdadero descubrimiento del socialismo de Europa Occidental, en el que destaca su carácter claramente democrático y sus sólidas raíces en la clase obrera. Sin llegar a constituir un modelo para seguir, influye significativamente en el proceso de renovación de la izquierda chilena en la dirección de una línea de reafirmación democrática.

Según Ricardo Núñez, exiliado en Berlín y luego en España, secretario general del PSCH entre 1986 y 1989, de lo que se trata es de tomar dicha experiencia y hacerla compatible con la realidad chilena y sus propias especificidades: “tenemos que ser capaces de crear un socialismo con lo mejor que ha logrado el socialismo europeo y lo mejor que es posible lograr del

<sup>271</sup> Erich Schnake (entrevista personal, 10 de noviembre de 1987).

<sup>272</sup> Jorge Arrate (entrevista personal, 29 de septiembre de 1987).

socialismo anhelado en la realidad de Chile<sup>273</sup>. En el caso de Núñez, como en el de los demás dirigentes que hemos mencionado —a los que podríamos añadir otros tantos—, pesa muy fuertemente la experiencia vivida en (y la crisis de) los “socialismos reales”. Todos, casi sin excepción, asumirán una visión crítica de las tendencias autoritarias que advierten en el seno de los regímenes de Europa del Este. Muchos de ellos tuvieron la experiencia personal de haber vivido dicha realidad, y algunos asumirán una posición de denuncia desde la propia perspectiva comunista (Rojas, Ottone y Razeto). Sin desconocer los importantes avances en el campo económico-social, denunciarán los rasgos autoritarios de dichos regímenes, en una dirección de reafirmación democrática.

Así como Roma, el PCI, Gramsci y el eurocomunismo, fueron la clave para el descubrimiento y mejor comprensión del socialismo de Europa Occidental en su conjunto, Polonia, Walesa, y el Movimiento Solidaridad sirvieron para adquirir una conciencia más cabal acerca de los vacíos y rasgos autoritarios del comunismo de Europa del Este. “Algo pasa en el socialismo europeo oriental —diría, algunos años más tarde, Ricardo Lagos, miembro de la Comisión Política del PSCH— si después de 25 años se produce el fenómeno Walesa. Algo, que indica que no se marcha bien<sup>274</sup>”.

Walesa y el Movimiento Solidaridad crearon, en la izquierda de Occidente, expectativas similares a las creadas por Dubcek en 1968 y por Allende en 1970. Todas esas experiencias procuraron, de alguna manera, hacer compatibles socialismo y democracia. La represión del Movimiento Solidaridad, por parte del gobierno polaco, y la posterior imposición de la Ley Marcial, sumaron una frustración adicional a las ya acumuladas hasta ese momento por parte de la izquierda de Occidente.

El tono de crítica y denuncia de parte de la izquierda chilena renovada no se hizo esperar. Así, por ejemplo, frente a la imposición de la Ley Marcial en Polonia, el núcleo de chilenos exiliados en México emite una declaración en la que condena “al régimen minoritario de verticalidad autoritaria, que pretende gobernar en nombre del socialismo”. Manifiesta su “solidaridad y apoyo al pueblo polaco y a sus organizaciones representativas, en una hora en que sufren aguda persecución<sup>275</sup>”. Entre otros, firman dicha declaración Armando Arancibia, Álvaro Briones y Marcelo Schilling, todos los cuales pasarán a formar parte del Comité Central del PSCH algunos años después.

Una condena similar fue emitida por el grupo de exiliados en Europa. Estos últimos, reunidos en Rotterdam en diciembre de 1981 —coincidiendo con la imposición de la Ley Marcial en Polonia—, expresaban, ante “la declaración del estado de guerra interna en Polonia y de las violaciones masivas y sistemáticas de derechos humanos que tienen allí lugar, nuestra

<sup>273</sup> Ricardo Núñez, entrevista en revista *Cosas* (12 de junio de 1986), 78.

<sup>274</sup> Ricardo Lagos, entrevista en revista *Qué Pasa* (27 de marzo al 2 de abril, 1986).

<sup>275</sup> “Declaración de Solidaridad” con Polonia del grupo de chilenos exiliados en México, en *Convergencia* (5-6, noviembre 1981-enero 1982) 29. En México reside un importante núcleo de la renovación socialista el que se expresa, entre otros, en la revista “Convergencia”.

absoluta e incondicional solidaridad con los trabajadores y el pueblo de ese país. Precisamente nosotros como chilenos, por haber vivido la interrupción de un proceso democrático, comprendemos en toda su magnitud la tragedia que hoy aflige a la mayoría del pueblo polaco, expresada en el Movimiento Solidaridad<sup>276</sup>. Firman dicha declaración, entre otros, Jorge Arrate, Luis Jerez, José Antonio Vieragallo, Carlos Ominami, Waldo y Carlos Fortín, y Aníbal Palma.

Sería interminable la referencia al sinnúmero de declaraciones y artículos que escribió la izquierda chilena sobre la crisis polaca. Desde distintas esferas del exilio (no sólo europeo como hemos visto) y del "interior", va surgiendo una conciencia más cabal acerca de las serias limitaciones existentes al interior de los "socialismos reales", muchas de las cuales emergen con singular fuerza y elocuencia a propósito de los acontecimientos en Polonia.

En el caso del PS-Altamirano, la crisis polaca lo toca muy de cerca. Numerosos dirigentes de nivel intermedio del partido —algunos de ellos dirigentes sindicales— se encontraban exiliados en Polonia y asumieron como propia la demanda del Movimiento Solidaridad por una mayor democratización. Ellos participaron activamente en dicho movimiento e incluso, en algunos casos, debieron hacer abandono del país siendo recibidos por Suecia<sup>277</sup>.

Antes del movimiento polaco y previo a la división del partido en 1979, el sector de Altamirano, hasta ese entonces en la dirección del Secretariado Exterior, había ya tenido una experiencia negativa de su estadía en Berlín Oriental. Numerosas entrevistas con diversos dirigentes socialistas dan cuenta del siguiente tipo de situaciones: adoctrinamiento en las Escuelas de Cuadros según los cánones del marxismo-leninismo; presencia militarista de contingentes como los Elenos, cuyo núcleo central permanece en Berlín; vigilancia policial de los organismos de seguridad alemanes; exigencias de ciertas lealtades internacionales, como quedaría demostrado por la reacción del PS-Almeyda frente a acontecimientos como los de Polonia y Afganistán, entre otras situaciones. Todo ello hizo temer a dichos dirigentes socialistas que, de continuar en Berlín, la autonomía política e ideológica del partido se vería seriamente limitada. De alguna manera, los ingentes recursos provenientes de los alemanes del Este demandaban, en los hechos y más allá del argumento de la solidaridad internacional, costos políticos e ideológicos que dichos dirigentes no estaban dispuestos a asumir<sup>278</sup>. El propio Altamirano dirá más tarde, sobre su estadía en Alemania del Este: "Me chocaba enor-

<sup>276</sup> "Declaración sobre Polonia", de diciembre de 1981, de los chilenos exiliados en Europa, en *Chile-América* (76-77, enero-febrero-marzo, 1982), 7.

<sup>277</sup> Antecedentes proporcionados por Luis Alvarado, subsecretario-general del PSCH a partir de 1989 (entrevista personal del 11 de diciembre de 1986). Según Alvarado, de 15 dirigentes socialistas en Polonia, 14 estaban con el PS-Altamirano y sólo 1 con el PS-Almeyda.

<sup>278</sup> Sobre el tipo de formación política e ideológica recibida por los socialistas chilenos en Berlín Oriental, se hizo conocida una frase que Erich Schnake solía repetir a Clodomiro Almeyda: "Clodomiro: cuando siembras papas, cosechas papas; si formas comunistas vas a terminar teniendo militantes comunistas y no socialistas" (entrevista personal con Schnake, el 10 de noviembre de 1987).

memente la ausencia de libertad. Era una sociedad coercitiva, en la que las decisiones se tomaban arriba y se ordenaban hacia abajo, limitando enormemente la libertad”.<sup>279</sup>

Todas estas situaciones pesaron de manera importante en el quiebre del partido en abril de 1979. Los acontecimientos en Polonia, un año después, no vinieron sino a confirmar las serias limitaciones de los regímenes de Europa del Este. Tras dichos acontecimientos, el fenómeno de renovación de la izquierda chilena se haría cada vez más agudo, culminando por esos años, tal como lo hemos anticipado, en la creación de la Convergencia Socialista. El nombre de este grupo hace referencia a los distintos orígenes de sus integrantes (socialistas, comunistas, miristas, radicales, partidos de “origen cristiano”—MAPU e Izquierda Cristiana—, intelectuales de izquierda sin militancia partidaria, entre los principales), que tenían en común, entre otros elementos, este rechazo a las tendencias autoritarias, estatistas, centralistas y burocráticas que van descubriendo en el mundo de los “socialismos reales”. Resumiendo esta actitud las Actas Finales del encuentro de Chantilly, de septiembre de 1982, hablan derechamente de un “rechazo del paradigma del ‘socialismo real’” y añaden lo siguiente: “las experiencias socialistas del llamado ‘socialismo real’ no han creado los mecanismos de gestión democrática del poder capaces de resolver los conflictos que surgen en una sociedad moderna. Por consiguiente ellas no constituyen un modelo inspirador para el socialismo chileno”.<sup>280</sup>

De este modo, junto al descubrimiento y valorización del socialismo de Europa Occidental, en el que resaltan sus hondas raíces democráticas y su presencia en la clase obrera, una parte importante de la izquierda chilena en el exilio, identificada con este proceso de renovación, adopta una visión crítica del Comunismo del Este, en el que resaltan sus tendencias autoritarias y burocráticas y su falta de libertad y democracia.

De esta manera, el socialismo europeo en su conjunto, tanto del Este como de Occidente, el primero en un sentido negativo y el segundo en un sentido positivo, se va constituyendo en la principal influencia externa del Partido Socialista, en la dirección de un proceso de reafirmación democrática.

### *Sentido y Alcance de la Renovación Socialista*

Interesa en esta sección referirse a algunos de los contenidos principales de este proceso de renovación. Como consecuencia natural e inevitable del proceso recién descrito, en el que destacan el impacto de la dictadura militar chilena y la influencia del socialismo europeo, surge la necesidad de un replanteamiento radical en torno a ciertos tópicos que adquieren una especial significación. Más específicamente, cuatro son los aspectos que nos interesa destacar en esta sección: 1) la autocrítica radical asumida en torno a la

<sup>279</sup> Ver Politzer, op. cit., 150. Según Altamirano, tras su experiencia en Alemania del Este, “renuncié a los integrismos religiosos”.

<sup>280</sup> “Actas del Encuentro” celebrado en Chantilly, op. cit., 2 y 3.

experiencia de la Unidad Popular, junto a una suerte de relectura de la historia de Chile y una labor de verdadero "rescale" de los elementos democráticos que estuvieron presentes en la evolución del socialismo chileno; 2) la nueva concepción de la política que surge de este proceso de renovación y la cuestión de las formas o estilos de hacer política; 3) las posturas asumidas en torno a ciertos viejos y nuevos temas del socialismo contemporáneo (leninismo, socialdemocracia, marxismo y revolución), y 4) la necesidad de plantear hacia adelante una nueva síntesis entre socialismo y democracia como cuestión central en este proceso de renovación.

Lo primero consistió en asumir una postura de autocrítica frente a la experiencia de la Unidad Popular. Como señala Gonzalo D. Martner—miembro del Comité Central del PSCH—, dos explicaciones distintas surgen, desde el interior de la izquierda chilena, en relación al fracaso de dicha experiencia: desde un lado hay quienes ponen el acento en la carencia de una estrategia definida en términos de "asalto del poder capaz de resolver el conflicto existente en términos que necesariamente habrían de ser militares". De otro lado, y esta sería la perspectiva asumida por parte de la izquierda renovada, hay quienes apuntan a la "incapacidad de alcanzar una hegemonía en la sociedad y una mayoría política para el proceso de cambios"<sup>281</sup>.

Un ejemplo típico del primer tipo de análisis es el documento de marzo de 1974, de la Dirección Interior, al que ya nos hemos referido. En una línea muy similar podríamos mencionar el caso del propio Carlos Altamirano, al menos hasta el Congreso de Argel (1978), época en que sostuvo la tesis de que la derrota de la Unidad Popular habría provenido de no haberse ésta preparado militarmente para hacer frente a un conflicto que era "inevitable" y que en algún punto pasaba por una resolución de tipo militar. Tal es el tipo de análisis que emerge del libro *Dialéctica de una Derrota*, escrito por Altamirano en 1976 (ver capítulo anterior).

Pese a que Altamirano modificará sustancialmente su análisis de los primeros años, esta tesis seguiría presente en las explicaciones de la izquierda más radicalizada, como sería, tras la división de 1979, el caso del PS-Almeyda. El mismo Clodomiro Almeyda, junto con definir al PSCH como un partido de tipo "obrero" y de carácter "marxista-leninista", basado en los principios del "centralismo democrático", señala que la Unidad Popular no debió excluir "el pertrechar a la democracia y al pueblo de los medios necesarios para defender en todos los planos, incluso el militar, el poder que se ha logrado parcial o totalmente conquistar"<sup>282</sup>. Esta posición también sería adoptada, especialmente a partir de 1980, por el Partido Comunista.

Pero, este tipo de análisis, vinculado a las insuficiencias en el plano de lo militar, no dejaba satisfechos a quienes desde el interior de la izquierda chilena venían planteándose en términos de insuficiencias en el plano de las

<sup>281</sup> Gonzalo D. Martner, "La Unidad de la Izquierda: una Perspectiva", en *Convergencia* (11, abril-junio de 1987).

<sup>282</sup> Clodomiro Almeyda, "Una Perspectiva para el PS", en *Chile-América* (50-51, enero-febrero de 1979), 55.

definiciones democráticas, en el seno de los propios partidos de la Unidad Popular. Este sector exigía una mayor radicalidad en el proceso de autocrítica, que apuntara en la dirección señalada. Así, por ejemplo, José Antonio Vicragallo señalaba hacia 1979 que “la UP no ha asumido la magnitud de la derrota sufrida. Sus análisis críticos y autocríticos no han tocado el centro del problema. No basta denunciar —nuevamente— o reconocer errores de izquierda y de derecha en el proceso de la UP. Hay que preguntarse por la política misma que las fuerzas de izquierda impulsaron en 1970”<sup>283</sup>.

Esta tarea de revisión que apuntara al centro del problema, el que a su vez tenía que ver con las propias insuficiencias al interior de la Unidad Popular, era el desafío planteado por este sector de la izquierda chilena. En una línea similar, Garretón propone plantearse desde las preguntas más básicas y elementales en relación a dicho proceso: “¿De qué socialismo se trataba? ¿Era tan distinto en nuestras mentes y en nuestras prácticas al socialismo histórico real? Y si lo era, ¿por qué la indignación generalizada de la izquierda frente a los discursos de Allende en que hablaba de un segundo camino al socialismo, en democracia y sin dictadura del proletariado?”<sup>284</sup>.

Este era el tenor de las preguntas planteadas.

La radicalidad de esta exigencia en la dirección de una autocrítica implicaba que, más que concentrarse en los factores exógenos al proceso mismo, había que poner el acento en los factores endógenos. En este sentido, anota Moulián, más que hablar de derrota, lo que supone “una situación de la cual se es víctima y no responsable”, cabe hablar derechamente de fracaso, en el cual “existieron errores discernibles y claras responsabilidades políticas”<sup>285</sup>.

En esta línea puede decirse que la mayoría de las autocríticas sobre el período de la Unidad Popular, surgidas desde el interior de esta izquierda renovada, apuntan en una doble dirección: por un lado, se advierte una contradicción entre el proyecto allendista —referido a un “segundo modelo” hacia el socialismo, construido en “democracia, pluralismo, y libertad”— y los partidos de la Unidad Popular, en los que prevaleció la idea de unas leyes generales de la revolución, en el tránsito del capitalismo al socialismo, según los cánones del marxismo-leninismo. Por otro lado, se advierte una incapacidad de la Vía Chilena al Socialismo para constituirse en hegemónica y mayoritaria en la sociedad chilena —y en la propia izquierda—. Estas serían, en lo esencial, las explicaciones del fracaso de la Unidad Popular.

En el primer caso, anota Arrate, habría una tensión entre el proyecto (allendista) y el actor (la Unidad Popular). En dicho contexto la Vía Allendista aparecía como una verdadera herejía frente a la ortodoxia prevaleciente en los partidos de izquierda<sup>286</sup>. Moulián, por su parte, habla de una verdadera

<sup>283</sup> José Antonio Vicragallo, “Renovar la Izquierda”, en *Chile-América* (50-51, enero-febrero de 1979), 61.

<sup>284</sup> Manuel Antonio Garretón, “¿En qué consistió la Renovación Socialista?”, op. cit., 23.

<sup>285</sup> Tomás Moulián, “La Crisis de la Izquierda”, en *Revista Mexicana de Sociología* (XLIV, 2, abril-junio de 1982), 657.

<sup>286</sup> Jorge Arrate, en “La Fuerza Democrática de la Idea Socialista”, op. cit., 59; y “Rescate y Renovación: la Tarea de los Socialistas”, en Ceval, op. cit. 230.

“dualidad estratégica” al interior de la izquierda, sin que ninguna de las dos estrategias en pugna haya logrado constituirse en hegemónica. Ello se habría visto agravado por la existencia de una inadecuada dirección política, lo que habría contribuido a mantener el conflicto sin resolución<sup>287</sup>. Finalmente, Jaime Gazmuri, miembro del Comité Central del PSCH, en una línea similar, señala inscribirse en la corriente que sostiene “que en la raíz de las insuficiencias históricas de la Unidad Popular se encuentra la contradicción entre la originalidad y riqueza de su práctica política y la hegemonía que alcanzó en la mayoría de sus partidos una teoría —el marxismo-leninismo como forma específica e histórica del marxismo— que era incapaz de dar cuenta y de iluminar esa práctica”<sup>288</sup>.

La segunda explicación, como hemos indicado, se refiere a la incapacidad para construir una nueva hegemonía y obtener el respaldo de una mayoría que hiciera viable el proyecto socialista desde el interior del régimen democrático. La ausencia de esto último habría contribuido al desenlace final. Si realmente se aspiraba —como era evidente al menos en el marco del proyecto allendista— a producir los cambios contenidos en el programa de la Unidad Popular a través de las instituciones de la democracia representativa, era un requisito indispensable contar con una mayoría que respaldara las transformaciones propuestas. De esta manera, señala Silva Solar, si la opción era por una Vía Institucional, ello requería “naturalmente de una mayoría institucional o en otros términos de un frente político y social muy amplio basado en el consenso (ya que no hay cómo imponerlo por la fuerza). La UP tuvo muy escasa conciencia de la necesidad de esta mayoría institucional”<sup>289</sup>. En una línea similar, el grupo de la Convergencia Socialista señala que la crisis que desembocó en la dictadura militar “encontró sus causas fundamentales en la incapacidad de la UP para movilizar a la gran mayoría en torno a un proceso de profundización democrática con sello socialista”<sup>290</sup>.

Estas serían pues, desde la perspectiva de este sector de la izquierda chilena, las causas del fracaso de la experiencia de la Unidad Popular. De esta manera, las insuficiencias del proceso tendrían que ver no tanto con el elemento militar —el que pone el acento en la derrota externa—, como con las contradicciones e insuficiencias de la propia izquierda. Junto con lo anterior, la ausencia de un claro respaldo mayoritario habría contribuido a sellar la suerte del proceso.

Ambas explicaciones, estrechamente relacionadas, apuntan a las insuficiencias del propio instrumento político que se creó para llevar adelante las tareas propias del proceso de transformación: la Unidad Popular. Ello lleva

<sup>287</sup> Tomás Moulián, “Democracia y Socialismo en Chile”, op. cit., 25 y sgtes. Alain Touraine, por su parte, señala que más que “Unidad Popular” lo que existió fue una verdadera “Dualidad Popular” (Alain Touraine, *Vida y Muerte del Chile Popular*, México, Siglo XXI Editores, 1974, 176).

<sup>288</sup> Jaime Gazmuri, “Una Nueva Síntesis del Socialismo Chileno”, op. cit., 269.

<sup>289</sup> Julio Silva Solar, “Reflexiones Críticas sobre las Contradicciones Internas de la Vía Chilena”, en *Chile-América* (37-38, noviembre-diciembre de 1977). Para conformar una mayoría como ésa, señala Silva Solar, se hacía necesario un entendimiento con la democracia cristiana y las clases medias.

<sup>290</sup> “Convergencia Socialista; Fundamentos de una Propuesta”, op. cit., 81.

a algunos dirigentes socialistas a descartar hacia adelante la posibilidad de una reconstitución de la Unidad Popular, especialmente en la línea de este nuevo socialismo democrático con clara vocación de mayoría. Así, por ejemplo, Angel Flisfisch señala que “sería un grave error aspirar a una nueva Unidad Popular (...). Recrear la UP sería recrear un gobierno de minoría, lo cual sería un descalabro”<sup>291</sup>. Más tajante aún es la opinión del secretario general del Partido Socialista (1986-1989), Ricardo Núñez: “la Unidad Popular está muerta pero no suficientemente enterrada. Hay que enterrarla, ya que no es capaz hoy de dar respuestas a las actuales demandas del país”<sup>292</sup>.

De esta postura autocrítica, especialmente referida a la experiencia de la Unidad Popular, surge, tal como lo hemos indicado en la primera parte de este capítulo, una relectura de la historia reciente de Chile, en el centro de la cual está la revalorización de la democracia política. Si había algo específico y característico de esa historia más reciente eran justamente unas instituciones —y más que eso, una cultura— democráticas, forjadas no a pesar del pueblo y sus luchas sino a partir de ellas.

Es por ello que, junto con esta relectura histórica, en la que destaca el valor de la democracia, el proceso de renovación de los últimos años da cuenta de un importante elemento de ‘rescate’ de los elementos democráticos presentes en la evolución del socialismo chileno —como lo señala el documento constitutivo de la Convergencia Socialista. La formación de este grupo supone, según señala el mismo documento, “rescatar” los elementos constitutivos de la identidad histórica del socialismo chileno, lo que debe ser acompañado de un riguroso esfuerzo de “renovación” en el seno de la izquierda<sup>293</sup>. Entre esos elementos de continuidad histórica destacan los aportes de Eugenio González y Salvador Allende<sup>294</sup>. Ambos son vistos, justamente, como precursores de este proceso de renovación socialista. Pese a que, como hemos señalado en el capítulo anterior, el aporte de éstos permaneció en una posición más bien marginal y en todo caso minoritaria al interior del PSCH, en una perspectiva histórica se les señala como precursores del proceso de renovación socialista.

Un segundo aspecto que nos interesa resaltar en esta sección es el que se refiere a la reflexión sobre la concepción misma de la política que se postula como auténtica o verdadera; es decir, la discusión en torno a la cuestión de las formas de hacer política y su relación con el proceso de renovación. Esto último se relaciona ya no tanto con la crisis de la izquierda como con la crisis de la política y, muy en especial, con una cierta política de tipo socialista. En este sentido puede decirse que el proceso de renovación apunta

<sup>291</sup> Ángel Flisfisch, entrevista en revista *Cosas* (3 de mayo de 1984), 17.

<sup>292</sup> Ricardo Núñez, entrevista en revista *Apsi* (126, septiembre-octubre de 1983), 4.

<sup>293</sup> “Convergencia Socialista: Fundamentos de una Propuesta”, op. cit., 75.

<sup>294</sup> Ver, sobre este punto, José Antonio Vieragallo, “Perfil y Espacio de la Convergencia Socialista”, en *Chile-América* (78-79, abril-mayo-junio de 1982), dossier, 8; Jorge Arrate, “La Fuerza Democrática de la Idea Socialista”, op. cit., 257, y “Proposiciones al Encuentro para la Integración del Socialismo Chileno”, op. cit., 3.

no sólo a una refundación del socialismo sino a una verdadera refundación de la política.

Tal vez el elemento más significativo de este proceso, y el punto de partida del mismo, sea el abandono de una cierta concepción dogmática, referida a ciertas "certezas" que se postulan como verdades absolutas. El desmoronamiento de dichas verdades en la política chilena de los últimos 20 años y, en general, en el mundo entero, frente a lo que podríamos denominar la crisis de los modelos establecidos, conduce a un replanteamiento radical respecto de dicha cuestión. Así, por ejemplo, José Antonio Vieragallo señala a su vuelta del exilio: "me muevo mucho más en el campo de las hipótesis que de las certezas o afirmaciones dogmáticas"<sup>295</sup>. Jorge Arrate, por su parte, también a su vuelta del exilio y en una línea muy similar a la anterior, señala que regresa a Chile "con menos certezas que las que creía tener hace catorce años"<sup>296</sup>. Ambas afirmaciones son representativas del fenómeno que señalamos.

Surge, pues, la necesidad de una forma de hacer política más tentativa, en la que el socialismo aparece más como proceso que como fin último o verdad revelada. En la base de dicho planteamiento y de la experiencia del conjunto de esta izquierda renovada está el desmoronamiento de aquellos modelos que algún día representaron un camino preestablecido, obediente a ciertas y supuestas leyes históricas de algún modo contenidas en los cánones tradicionales del marxismo-leninismo. El mundo de los "socialismos reales" habría sido la concreción histórica de este modelo. Sin embargo, como señala el dirigente socialista Carlos Ominami, "más de medio siglo de historia real han hecho perder al socialismo su capacidad de evocar el paraíso en la tierra. Al perder su virginidad el socialismo ha dejado de ser algo evidente. No nos cabe sino vivir el *socialismo como problema*. Este es el sentido profundo del proceso de *renovación socialista*" (los destacados son de Ominami)<sup>297</sup>.

Por su parte, Eugenio Tironi, uno de los principales intelectuales en el proceso de renovación socialista, constata que uno de los problemas que aquejan a la izquierda es la ausencia de un punto de partida. El recurso a los clásicos ya estaría agotado y los modelos tenidos en vista por la izquierda hasta ahora ya no serían tales. En estas condiciones surge la necesidad, por parte de la izquierda, de asumir sus propias carencias frente a una realidad como la señalada: "sentimos cada vez más el frío —y otros la vergüenza— de la desnudez. Carecemos de ese cuerpo teórico y de esas convicciones inmovibles, protectoras, fundantes"<sup>298</sup>, señala Tironi.

<sup>295</sup> José Antonio Vieragallo, entrevista en el diario "La Segunda" (17 de julio de 1986).

<sup>296</sup> Jorge Arrate, discurso pronunciado ante un grupo de amigos, a su vuelta del exilio, aparecido en revista *Apsi* (12 al 18 de octubre de 1987), 23.

<sup>297</sup> Carlos Ominami, "Socialismo y Proyecto Nacional", en *Convergencia* (10, diciembre de 1986), 22.

<sup>298</sup> Eugenio Tironi, "Inventario de la Crisis de la Izquierda", en revista *Análisis* (30, enero de 1981). Tironi advierte una significativa influencia del neoliberalismo en el proceso de renovación socialista. Señala que ambos se ubican "en un mismo campo de interlocución"; añade que "el neoliberalismo es parte de una corriente cultural más amplia que se plantea con prioridad el problema de la libertad

Este elemento de alejamiento de las formas dogmáticas y de búsqueda de una nueva forma de hacer política, desde la propia perspectiva socialista, se constituye en un punto central al interior de este proceso de renovación de la izquierda chilena. Más explícita aún, y más radical, es la opinión de José Joaquín Brunner —miembro del Comité Central del PSCH y uno de los principales intelectuales en el proceso de renovación— al caracterizar a la izquierda renovada como “no-tradicional”, “posrevolucionaria”, y “posutópica”. “Se es socialista —señala Brunner— pero no de una manera dramática. El socialismo como *pathos* revolucionario y como imaginación utópica debe ceder ante las exigencias relativamente opacas de la democracia, con su carga de incertidumbre, su juego de inestabilidades, sus cambiantes climas políticos y de opinión”<sup>299</sup>.

En una línea similar, de claro corte bernsteiniano, para Hernán Vodanovic —miembro de la Comisión Política del PSCH— de lo que se trata es de dejar atrás la “hojarasca ideologizante” de la utopía y reconocer las restricciones que la realidad impone al accionar político. Ello implica desechar las soluciones mágicas generalmente asociadas a líderes carismáticos y anteponer el realismo al doctrinarismo; el sentido de la responsabilidad y la realidad a la utopía socialista —ya que esta última puede conducir a la “marginalidad” y la “esterilidad política”<sup>300</sup>.

En las expresiones anteriores encontramos, pues, algunos de los rasgos constitutivos de lo que pudiéramos llamar el verdadero sentido y alcance de la renovación socialista: asumir la democracia como propia, junto con la crítica a toda forma de autoritarismo, incluida la de los “socialismos reales”, al interior de una nueva concepción de la política: una política que por ser democrática es más tentativa, que rechaza toda forma dogmática o verdad revelada y que postula el socialismo como proceso más que como finalidad, como hipótesis más que como certeza, como problema más que como dogma.

Frente a un replanteamiento tan radical como el señalado, la reacción del PS-Almeyda no se hizo esperar. Ya en un artículo escrito en 1981, el propio secretario general de dicho partido, Clodomiro Almeyda, se refería al proceso de renovación en los siguientes términos: “en algunos partidos se advierten tendencias de derecha que se manifiestan en una crítica negativa; de obsolescencia del marxismo y de conceptos como el de la lucha de clases y el carácter de clase del Estado, en una visión negativa del pasado del movimiento popular y en una subestimación del papel de la clase obrera bajo argumentaciones cuantitativas”. Añade que la Convergencia Socialista altera “el contenido esencialmente clasista y revolucionario de nuestro proyecto socialista”<sup>301</sup>.

ante el agotamiento de las formas estatales que conocemos. En esta corriente se ubican también los esfuerzos actuales de renovación socialista tanto dentro como fuera de los socialismos y neoliberalismos reales” (en *La Torre de Babel*, Ediciones SUR, Santiago, 1984; p. 51).

<sup>299</sup> José Joaquín Brunner, “Cultura y Política en la Lucha por la Democracia”, en Jorge Arrate y otros, “Siete Ensayos sobre Democracia y Socialismo”, op. cit., 44.

<sup>300</sup> Hernán Vodanovic, *Un Socialismo Renovado para Chile* (Santiago, Editorial Andante, 1988), 24.

<sup>301</sup> Clodomiro Almeyda, en *Chile-América* (78-79, abril-mayo-junio de 1982), 93.

Tres años más tarde, cuando ya el proceso de renovación está más decantado, Almeyda señala que entre sus exponentes "se ha producido un proceso de involución ideológica, una influencia de la llamada 'cultura política del reflujo' (...) una regresión ideológica, una especie de pérdida de fe en la utopía socialista". En lo que concierne a su propio partido, Almeyda declara derechamente: "nosotros somos leninistas"<sup>302</sup>.

Las citas anteriores muestran, una vez más, el abismo ideológico que va separando al socialismo renovado del socialismo más ortodoxo, representado en este caso por el PS-Almeyda.

Un tercer aspecto que quisiéramos plantear en esta sección podría resumirse tal vez en la siguiente pregunta: ¿significa el proceso de renovación socialista el abandono del marxismo y del leninismo como marcos teóricos, el rechazo de la revolución y la adopción de un modelo socialdemócrata? A ello nos referiremos ahora.

Partamos por lo que tal vez resulte más obvio a la luz de lo expuesto por los propios actores involucrados en este proceso: la renovación socialista pareciera dar cuenta de un alejamiento definitivo del leninismo, lo que no implica necesariamente la adopción de un modelo socialdemócrata.

En lo que se refiere al leninismo, no hay dos opiniones distintas al interior de esta izquierda renovada. Por un lado, hay un claro rechazo de la fórmula marxismo-leninismo, acuñada primero por Stalin y adoptada luego por la izquierda de tendencia más ortodoxa en las más diversas latitudes. Tal fue el caso, entre otros, del propio Partido Socialista de Chile en los años anteriores al golpe militar y lo ha sido en el caso del PS-Almeyda en la última década y media. Dicha fórmula tendría un componente fuertemente dogmático y, por lo tanto, de corte netamente autoritario.

Pero el rechazo también va dirigido al leninismo mismo, en cuanto "corpus ya establecido de conocimiento, cuya infalible interpretación corresponde al partido". Esta concepción dogmática, según Moulián, "no puede escapar a una determinación autoritario-institucional de la verdad"<sup>303</sup>. De esta manera, habría en el leninismo un componente intrínsecamente autoritario, el que se vería reforzado, según el propio Moulián, por sus rasgos "jacobinos", "vanguardistas", e "iluministas"<sup>304</sup>.

Tanto en la fórmula del marxismo-leninismo como en la del leninismo propiamente tal habría, pues, un componente necesariamente dogmático y autoritario, que entraría en pugna con una auténtica concepción socialista democrática. Así, Vodanovic señala que en la concepción leninista la democracia es considerada meramente como una "fase" de un proceso que ha de culminar en la revolución. En una auténtica concepción socialista democrática, en cambio, "la democracia no es una fase transitoria, sino un estado de cosas que aspiramos sea permanente"<sup>305</sup>.

<sup>302</sup> Clodomiro Almeyda, entrevista en "El Mercurio" (13 de mayo de 1984).

<sup>303</sup> Tomás Moulián, "Democracia y Socialismo en Chile", op. cit., 185 y 215.

<sup>304</sup> Junto con la cita anterior, ver Tomás Moulián, "La Crisis de la Izquierda", op. cit., 662.

<sup>305</sup> Vodanovic, op. cit., 55 y 58. En relación a uno de los núcleos constitutivos del leninismo Ricardo

El rechazo del leninismo, sin embargo, no ha llevado necesariamente a la izquierda renovada a la adopción de un modelo socialdemócrata —aunque sobre esto habría que hacer algunas precisiones. En primer lugar, lo que hemos llamado el descubrimiento del socialismo democrático europeo y la valoración positiva de algunos de sus elementos más característicos (sus hondas raíces democráticas, su asentamiento en la clase obrera, su pluralismo, su solidaridad internacional) hace que, ante los ojos de esta nueva izquierda, el paradigma socialdemócrata europeo pierda toda connotación peyorativa. Si bien es cierto que no se lo adopta como modelo, se le deja de mirar en la forma más bien despectiva que se asumió tradicionalmente y, muy por el contrario, se asume respecto de él una valoración positiva.

En segundo lugar es evidente que, desde un punto de vista emocional y afectivo, en el contexto del exilio europeo de los principales dirigentes de la izquierda chilena y en el marco más general de la solidaridad internacional, los socialistas chilenos adoptaron una marcada actitud de simpatía hacia los partidos socialdemócratas o socialistas democráticos europeos. Esta actitud se vio fuertemente reforzada a partir del giro de la Internacional Socialista, de 1976, que significó asumir una decidida actitud de solidaridad y respaldo hacia los procesos revolucionarios en América Central y de democratización en América Latina en general.

Sin embargo, nada de lo anterior, como ya hemos anticipado, significó por parte de los socialistas chilenos la adopción del modelo socialdemócrata. El énfasis a este respecto está puesto en las enormes diferencias que separan a América Latina de Europa, no tanto en el plano de las ideas, de la cultura de las elites o de los sistemas políticos —en los cuales, como hemos visto, al menos en el caso chileno pueden encontrarse importantes similitudes—, sino en el de la estructura socioeconómica. Refuerza esta idea el marcado celo de los socialistas chilenos por su vocación nacional y latinoamericanista.

Así, por ejemplo, tres de los máximos dirigentes socialistas, todos los cuales han ocupado el cargo de secretario general del PSCH en algún momento, consultados sobre la posible socialdemocratización del socialismo chileno, enfatizan las diferencias que separan a Europa de Chile y la especificidad del socialismo chileno. Carlos Briones, secretario general del PSCH en el período 1984-1986, niega que la renovación de la izquierda chilena signifique un viraje hacia la socialdemocracia europea, y añade: “desde nuestro origen hemos sido distintos a la socialdemocracia y a los comunistas. Somos socialistas revolucionarios, una creación original del pueblo chileno, como decía Allende”<sup>306</sup>. Carlos Altamirano, por su parte, ante una pregunta similar, señala no creer “en el trasplante artificial y mecánico del modelo ‘socialdemócrata’, como de ningún otro modelo, a la realidad chilena y

---

Núñez es enfático en declarar que, “nosotros nos hemos alejado, y yo creo que definitivamente, de la dictadura del proletariado que el Partido Socialista en los últimos veinte años había incorporado como parte de su esencia” —en entrevista en revista *Casas*, 12 de junio de 1986.

<sup>306</sup> Carlos Briones, entrevista en revista *Apsi* (130, noviembre de 1983), 16.

continental. La 'socialdemocracia' corresponde a una realidad esencialmente europea<sup>307</sup>. Finalmente, Jorge Arrate señala compartir con la socialdemocracia la idea de perfeccionar la democracia liberal, aunque "la propuesta nuestra es distinta: Chile es un país del Tercer Mundo, es un país latinoamericano, es un país que tiene una enorme tradición socialista, muy precisa y muy clara; y esa tradición plantea transformaciones, cambios radicales"<sup>308</sup>.

De tal manera, pues, esta valoración positiva del socialismo democrático europeo no conduce necesariamente a la adopción del paradigma socialdemócrata, característico de la realidad del viejo continente.

¿Significa, acaso, el rechazo del modelo socialdemócrata la mantención de una postura revolucionaria? La respuesta a esta pregunta pareciera ser menos concluyente que las anteriores, relativas al leninismo y la socialdemocracia. Las distintas posturas asumidas en relación a este punto van marcando, también, las diferencias existentes al interior de la izquierda renovada. Por un lado se desarrollan algunas ideas sobre lo que podríamos denominar las "tensiones" existentes entre revolución y democracia; pero, por otro lado, especialmente entre los sectores socialistas "históricos", destaca una clara vocación revolucionaria, presente en el socialismo chileno desde sus inicios. Sin embargo, como veremos, se trata de un concepto de revolución claramente distinto del modelo clásico (leninista o bolchevique), basado en la modalidad del asalto al poder del Estado. En su lugar, se intentan diversas definiciones. Finalmente, hay quienes, al interior del proceso de renovación, postulan derechamente un socialismo "posrevolucionario", o abiertamente reformista.

Por un lado, no cabe ninguna duda de que hacia la década de 1990, y en un contexto autoritario o posautoritario, la temática de la democracia desplaza, en Chile y en América Latina en general, a la temática de la revolución. Esto pareciera ser así, hoy por hoy, incluso en el caso centroamericano. Las particulares exigencias de los diversos procesos de democratización hacen de la revolución un tema del pasado o, a lo más, de un futuro lejano y remoto. La revolución definitivamente no está a la orden del día<sup>309</sup>. Lo primero, pues, es afirmar que, previamente incluso a la discusión sobre democracia y revolución, está la necesidad de considerar el desplazamiento desde ésta a aquélla, al menos en el plano del debate intelectual al interior de la izquierda. Pero no sólo eso. Comienzan a advertirse ciertas tensiones, de difícil resolución teórica y práctica entre democracia y revolución.

Tal vez un primer punto de consenso al interior de la izquierda renovada sea lo que Garretón llama "la crítica a la noción clásica de revolución como toma del poder y ruptura", según la concepción marxista-leninista<sup>310</sup>. Sobre

<sup>307</sup> Carlos Altamirano, entrevista en revista *Chile-América* (54-55, junio-julio de 1979), 136.

<sup>308</sup> Jorge Arrate, entrevista en revista *Apsi* (10 al 23 de febrero de 1986), 20.

<sup>309</sup> Esta es la opinión de Norbert Lechner, en el muy sugestivo título de su artículo, "De la Revolución a la Democracia. El Debate Intelectual en América del Sur" (op. cit.); en el mismo sentido, ver Robert Barros, "The Left and Democracy: Recent Debates in Latin America", en *Telos* (68, verano de 1986), 52.

<sup>310</sup> Manuel Antonio Garretón, "¿En qué consistió la Renovación Socialista?", op. cit., 27.

esta acepción de revolución no hay, en verdad, dos opiniones distintas al interior de la izquierda renovada. Todos se manifiestan contrarios a ella. El punto es, sin embargo, que para algunos de sus exponentes no basta con descartar ese paradigma revolucionario. Se hace necesario contrastar las exigencias del orden democrático con cualquiera noción revolucionaria. Así, por ejemplo, para José Joaquín Brunner “la democracia no es la revolución. No permite, en un acto ni en dos, resolver las cuestiones del poder para siempre y fijar irreversiblemente el curso de la historia de acuerdo con sus leyes más profundas. Todo lo contrario: la democracia es el arreglo incierto de intereses, es el avance por negociaciones, es el marco de unos consensos cambiantes, es un sistema sujeto a incertidumbre que, por eso mismo, no tolera las conquistas irreversibles, las verdades oficiales, las leyes inmutables de la historia. La democracia, en cambio, hace posibles las reformas. Incluso las mayores, las más profundas, las más vastas. No las asegura, sólo las vuelve alcanzables para el juego de las mayorías, por el acuerdo y el conflicto, por la persuasión eficaz”. En este contexto, concluye Brunner, no cabe sino hablar de un socialismo “posrevolucionario”<sup>311</sup>.

En una línea similar, Vodanovic hace ver la incompatibilidad entre las nociones de democracia y revolución. Por un lado, señala el dirigente socialista, en un país como Chile la revolución es inviable, pues lo que existe no es “un estado en descomposición absoluta” —lo que históricamente ha conducido a una situación revolucionaria— sino “condiciones para una transición a la democracia”. Pero, más allá de su inviabilidad, añade Vodanovic, desde una perspectiva socialista democrática, la revolución es indeseable: ello, por cuanto “favorecer la revolución significa olvidarse de la democracia, postergarla indefinidamente”. A la revolución, concluye el autor, “no le sigue la democracia sino la dictadura”. Quien quiere la democracia, por la fuerza misma de las cosas, tiene que rechazar la revolución. Descartada esta última, señala Vodanovic, sólo cabe “ser reformista”<sup>312</sup>.

No bastaría pues, según esta concepción, con el rechazo de la revolución como método de conquista del poder (estatal), a través de la modalidad del asalto. Esta visión, de rechazo a la noción clásica (o bolchevique) de revolución, está claramente descartada por todos los sectores renovados. Lo que Brunner y Vodanovic, entre otros, advierten, es que la dinámica propia de la democracia se aviene más con el método de la reforma que con el de la revolución. De lo que se trata, desde este particular punto de vista, es de determinar el grado de profundidad o radicalidad de dichas reformas. Este sería el punto a discutir, incluso desde la propia perspectiva socialista.

Aunque no habla derechamente de reforma, una opinión semejante a la de Brunner y Vodanovic encontramos en Lechner. Según éste, cuando el descontento con el orden establecido “no conlleva un consenso sobre el orden

<sup>311</sup> José Joaquín Brunner, “Cultura y Política en la Lucha por la Democracia”, en Jorge Arrate y otros, “Siete Ensayos Sobre Democracia y Socialismo en Chile”, op. cit., 41.

<sup>312</sup> Ver Vodanovic, op. cit., 52, 53 y 54.

futuro, la teoría marxiana de la revolución es inadecuada<sup>313</sup>. Este pareciera ser el caso de la izquierda en América Latina. Esta carencia teleológica en la tarea de construcción de un nuevo orden social hace más conveniente hablar de "rupturas pactadas" que de revolución. A su vez, señala Lechner, la idea de pacto va necesariamente unida a la idea de legitimidad formal de la toma de decisiones, lo que remite derechamente a la democracia formal en cuanto "método indispensable en la transformación deliberada, colectiva y pública de nuestras sociedades".

Sin embargo, esta idea de desechar la viabilidad o vigencia de la revolución, por cualesquiera razones, es sólo una de las concepciones al interior de la izquierda renovada. Otra noción, ligada a los sectores más "históricos" del partido, reivindica para el socialismo su carácter revolucionario aunque, como veremos, en una perspectiva claramente distinta de la noción clásica que hemos señalado. Puede señalarse la hipótesis de que, detrás de esta concepción, más que un elemento ideológico está la fuerza de una cultura socialista como la chilena, marcada desde sus orígenes por la idea de revolución.

Así, por ejemplo, Ricardo Núñez rescata una concepción de revolución, pero entendida como proceso y no como acto. Se trata, señala el dirigente socialista, de una revolución entendida "como un proceso en continuo desarrollo, en que las capas más desposeídas tienen que ir siendo capaces de ganar al conjunto de la sociedad: ser, por lo tanto, mayoría efectiva y real para ir logrando las transformaciones más profundas"<sup>314</sup>. Jorge Arrate, por su parte, indica que "el socialismo es revolucionario por los fines que persigue y estos fines no son otros que la transformación de la vida social. Esta es la utopía de los socialistas"<sup>315</sup>. Finalmente, podemos remitirnos a un documento del Partido Socialista de junio de 1985, que señala que "el socialismo es revolucionario porque requiere de un cambio fundamental en la hegemonía social y ello se hará posible sólo cuando las clases subordinadas por el capitalismo tengan la oportunidad histórica de construir un régimen democrático y solidario capaz de expresar la diversidad de intereses de la nación entera"<sup>316</sup>.

De lo anterior resultan evidentes dos cosas: en primer lugar, que sobre esta materia no existe un parecer unánime al interior de la izquierda renovada. Mientras Brunner enfatiza el carácter posutópico y posrevolucionario del socialismo, Vodanovic se define claramente como reformista y Lechner propone sustituir la idea de revolución por la de "rupturas pactadas", otros, generalmente ligados a los sectores históricos del socialismo chileno, como Arrate y Núñez, enfatizan el carácter revolucionario del socialismo chileno, reivindicando su componente utópico. Pero, en segundo lugar, es evidente

<sup>313</sup> Norbert Lechner, "¿Revolución o Ruptura Pactada?", op. cit., 288.

<sup>314</sup> Ricardo Núñez, entrevista en revista *Apsi* (126, septiembre-octubre de 1983).

<sup>315</sup> Jorge Arrate, entrevista en revista *Apsi* (10 al 23 de febrero de 1986), 20.

<sup>316</sup> Partido Socialista de Chile, "Proposiciones al Encuentro para la integración del Socialismo Chileno" (Mimeo, junio de 1985), 2.

que esta noción de revolución es radicalmente distinta del modelo clásico que hemos definido. Más allá de toda distinción o precisión, sin embargo, estimamos que la afirmación del carácter revolucionario del PSCH se justifica no tanto por razones ideológicas como por una marcada cultura socialista que da cuenta, al menos en el caso chileno, de una temprana vocación en el sentido señalado.

Finalmente, sobre el tema del marxismo diremos que el surgimiento de la izquierda renovada en el Chile de los últimos años no puede sino entenderse en el contexto más general de la crisis del marxismo a nivel mundial; una crisis que incluso lleva a hablar, al menos en el contexto de la izquierda europea, de un "posmarxismo"<sup>317</sup>. Esta crisis, según Moulián, consiste principalmente en el estallido de la ortodoxia, el que se produce especialmente a partir de los movimientos sociales de 1968 en Europa, y del fenómeno mismo, hacia la mitad de la década del setenta, del eurocomunismo. Estos procesos vendrían a cuestionar la existencia de una ortodoxia según la codificación soviética del marxismo<sup>318</sup>. En una línea muy similar, Eugenio Tironi considera que esta crisis del marxismo consiste en la "pulverización de un marxismo entendido como doctrina y/o ciencia única, con 'auténticos' y 'falsificadores', 'consecuentes' y 'revisionistas'"<sup>319</sup>. De esta manera, la crisis del marxismo diría relación no tanto con su obsolescencia como con la idea de que no existe un marxismo único.

En el contexto del socialismo chileno este tema cobra la mayor importancia y da cuenta de un cambio radical, especialmente si consideramos la historia reciente del Partido Socialista. En efecto, de alguna manera el PSCH había caído en la lógica de un marxismo único, según la versión del marxismo-leninismo. Esta había sido la definición ideológica adoptada por dicho partido desde 1965 en adelante. Pero, como señala Raúl Ampuero, varias veces secretario general del partido, "desde su fundación el PS había rechazado esta tendencia" (el marxismo-leninismo). "Nunca antes —añade el dirigente socialista— el partido se había adscrito a tal escuela, apreciada siempre como una corriente de pensamiento estrechamente ligada a las concepciones soviéticas y a las deformaciones burocráticas y autoritarias promovidas por Stalin". Según esa concepción, señala Ampuero, "el marxismo deja de ser una teoría científica para transformarse en una doctrina de Estado"<sup>320</sup>.

Existe a este respecto, un parecer unánime al interior de esta izquierda renovada: la crisis del marxismo da cuenta, al menos, de un rechazo categórico a una concepción dogmática, basada en la idea de que existe un marxismo único, cuya interpretación oficial corresponde a una determinada estructura de poder —sea el partido, el Estado, u otro. Esta dogmatización

<sup>317</sup> Sobre esto se puede ver, Ludolfo Paramio, "Tras el Diluvio: un Ensayo en Posmarxismo", en *Leviatán* (29/30, otoño/invierno de 1987).

<sup>318</sup> Tomás Moulián, "Sobre la Teoría de la Renovación. Notas Introductorias", op. cit., 17.

<sup>319</sup> Eugenio Tironi, *La Torre de Babel: Ensayos de Crítica y Renovación Política* (Santiago, Ediciones Sur, 1984), 31.

<sup>320</sup> Raúl Ampuero, "El Socialismo, Entre Ayer y Mañana" (Mimeo, noviembre de 1985), 5.

del marxismo, según un documento del Partido Socialista, deviene necesariamente en "doctrina totalitaria"<sup>321</sup>.

Pero, entonces, ¿a qué marxismo se adhiere por parte de esta izquierda renovada, si es que se adhiere a marxismo alguno? Respecto de este punto la complejidad del tema aumenta. Por un lado, pareciera existir conciencia acerca de las insuficiencias del propio marxismo, más allá del problema del dogmatismo. Pero, por otro, esta izquierda renovada pareciera resistirse a tirar el marxismo por la borda. Una vez más, razones de cultura política más que de tipo ideológico parecieran ser la justificación.

Así por ejemplo, en el primer caso, para Alejandro Rojas existe en el marxismo un marcado economicismo y un reduccionismo de clase que le impiden atender adecuadamente a cuestiones como aquéllas relativas a las formas políticas —y muy en especial a la democracia política—, así como a otros fenómenos más contemporáneos, como el problema de la ecología y de las armas nucleares. De esta manera, señala Rojas, en términos bastante concluyentes, "a un siglo de su muerte, el legado teórico de Marx requiere ser transcendido, producto de sus insuficiencias (sin que sea necesario excluir muchos de sus elementos)"<sup>322</sup>.

También Moulián afirma que existen problemas con el marxismo mismo, más allá de la codificación dogmática soviética. Por un lado está la estrechez del marxismo para entender la enorme complejidad del Estado moderno y de la estructura social que le es propia. Por otro, el dogmatismo a que hemos hecho referencia no provendría sólo de una cierta lectura o interpretación desde fuera del marxismo, sino propia del marxismo: "en la teoría misma hay un núcleo dogmático. La dictadura como régimen político es una derivación lógica de esa teoría más que su distorsión"<sup>323</sup>. Ello sería así, según Moulián, a partir de la teoría de la Ciencia y de la teoría del Partido que hay en el marxismo. Ambas transforman a este último en "saber absoluto: única ciencia del desarrollo histórico". Así, el marxismo como saber absoluto y el partido como administrador de ese saber, contendrían un elemento claramente antidemocrático que haría imposible el pluralismo político.

Sin embargo, pese a existir conciencia acerca de las insuficiencias del marxismo, y junto con desechar sus rasgos y/o interpretaciones más dogmáticos, pareciera prevalecer la idea de no tirarlo por la borda, sin perjuicio de definir aquellos elementos que lo hacen más aceptable. Es que, como señala el propio Brunner, "el marxismo es un ingrediente de la cultura socialista"<sup>324</sup>. Al igual que lo que ocurre con el tema de la revolución, este elemento cultural pareciera prevalecer; lo que nos dice algo acerca de los límites que la cultura política establece respecto de los procesos de desarrollo ideológico.

<sup>321</sup> Partido Socialista, "Proposiciones al Encuentro de Integración del Socialismo Chileno", op. cit., 1.

<sup>322</sup> Alejandro Rojas, op. cit., 516.

<sup>323</sup> Tomás Moulián, "Sobre la Teoría de la Renovación. Notas Introdutorias", op. cit., 17.

<sup>324</sup> José Joaquín Brunner, "Una Propuesta Socialista", en revista *Análisis* (53, enero de 1983).

Se trata en todo caso, según un documento de la Convergencia Socialista de 1980, de "la adopción de un marxismo crítico, en permanente búsqueda y creación, abierto al aporte de otras vertientes teóricas y culturales, contrario a toda manipulación dogmática y a todo congelamiento de su esencial contenido revolucionario"<sup>325</sup>. Esta es la concepción, según un documento del Partido Socialista de 1985, más acorde con la definición original de marxismo contenida en la Declaración de Principios de 1933. Según ella el Partido Socialista reconoce al marxismo "como un método de interpretación de la realidad, el cual debe ser permanentemente enriquecido por el avance científico y el devenir social". Se trata, pues, añade el documento de 1985, de la adopción de un marxismo creativo y no dogmático, que sirva de guía para la acción y que acoge a las nuevas prácticas y aportes de una realidad siempre cambiante.

Finalmente, un documento que alude a ciertos consensos logrados al interior de esta izquierda renovada en torno al tema del marxismo, son las Actas Finales del segundo encuentro de Chantilly, de septiembre de 1983<sup>326</sup>. Junto con reiterar que el marxismo forma parte de la cultura política de amplios sectores sociales de Chile y señalar que un marxismo no ortodoxo, sin complejos y renovado incidirá positivamente en el futuro democrático, dicho documento plantea tres consensos importantes: 1) no es necesario romper con el marxismo para avanzar hacia un proyecto socialista y democrático, sin perjuicio de reconocer sus debilidades, errores, e insuficiencias; 2) se hace necesario, en todo caso, desacralizar el marxismo y romper con su codificación, y 3) si en verdad el marxismo tiene pretensiones científicas, debe entonces abrirse al análisis de nuevas realidades, admitiendo nuevas evidencias que puedan refutar planteamientos originarios. En todo caso, el documento de consenso aclara que "no es necesario ser marxista para ser socialista, situación que lleva a postular una concepción pluralista del socialismo".

Estimamos que estas opiniones y documentos son suficientemente elocuentes en el sentido de que lo que se postula no es un marxismo dogmático, sino abierto, crítico y creativo. Ello, sin perjuicio de reconocer las insuficiencias, debilidades y errores propios del marxismo. Pero, más que razones ideológicas, lo que pareciera justificar esta adscripción a un cierto tipo de marxismo es la propia cultura socialista chilena, la que da cuenta desde sus orígenes de un importante componente marxista y revolucionario. En todo caso, queda en evidencia que el marxismo no es un componente esencial de este nuevo socialismo democrático pues, como lo indica el último de los documentos señalados, "no es necesario ser marxista para ser socialista".

Hechos los planteamientos anteriores sobre la autocrítica en torno a la Unidad Popular, el "rescate" de aquellos elementos democráticos existentes en la evolución del socialismo chileno, la discusión sobre las formas de hacer

<sup>325</sup> "Convergencia Socialista; Fundamentos de una Propuesta", op. cit., 74.

<sup>326</sup> Dicho documento puede encontrarse en la revista *Apsi* (149, 31 de julio al 13 de agosto de 1984).

política y las definiciones en torno a ciertos tópicos asociados al socialismo contemporáneo (leninismo, socialdemocracia, marxismo y revolución), sentimos que aún falta una breve reflexión para ayudar a esclarecer el verdadero sentido y alcance del proceso de renovación socialista, en torno a la siguiente pregunta: ¿hacia dónde apunta dicho proceso; en qué dirección se mueve? Lo anterior teniendo en cuenta que, por tratarse de un proceso aún en marcha, las afirmaciones deben ser más bien tentativas, evitando caer en conclusiones que no se avienen con la rica dinámica de dicho proceso.

Una primera lectura del proceso de renovación nos puede llevar a descubrir en él la búsqueda de un modelo alternativo al socialdemócrata de Europa Occidental y al comunista de Europa del Este. La tesis que parecería imponerse en el seno de esta izquierda renovada, similar a las tesis de Giorgio Amendola, representante del ala derechista del Partido Comunista Italiano en la década de 1970, es la de una "tercera vía", distinta de las dos anteriores.

Así, por ejemplo, Julio Silva Solar señala que hasta ahora la izquierda en el mundo ha vivido dos fases muy marcadas: la fase socialdemócrata, que predomina ampliamente hasta la Primera Guerra Mundial, y la fase comunista, que se inicia con la Revolución Bolchevique. Sin embargo, añade Silva Solar, la crisis del "socialismo real", el que ha dejado de ser un referente válido, hace que se haya producido "un vacío en materia de proyecto socialista". Esto es, precisamente, lo que abre la posibilidad de una "nueva fase" o "tercera fase" la que, sin invalidar a las anteriores, aspire a superar sus limitaciones en un nuevo esfuerzo de síntesis<sup>327</sup>.

De una manera similar, Ernesto Ottone plantea que la creación de una nueva hegemonía político-cultural a la vez democrática y socialista hace necesario evitar dos caminos que no se compadecen con dicha aspiración: el camino socialdemócrata, que en nombre del realismo y sin perjuicio de su clara vocación democrática renuncia a la superación del capitalismo, y el camino dogmático, que considera al "socialismo históricamente realizado (...) como en 'esencia' el único posible", señalando a la democracia y al socialismo como dos "fases diferentes". Sin desconocer su dificultad teórica y práctica, Ottone plantea que esa nueva hegemonía sólo será posible "elaborando una propuesta a la vez democrática, pluralista, revolucionaria y socialista"<sup>328</sup>.

En esta primera lectura, estaríamos frente a la búsqueda de una "tercera vía" distinta de la socialdemócrata y la comunista, apuntando en la dirección de una nueva síntesis entre socialismo y democracia.

Sin embargo, lo que es nuevo en este proceso no pareciera ser la búsqueda de una alternativa distinta a la socialdemócrata y la comunista; de hecho, el Partido Socialista de Chile desde sus orígenes se planteó como alternativa a los dos modelos señalados. Lo nuevo a nuestro juicio, es la reflexión en

<sup>327</sup> Julio Silva Solar, "¿Hacia una Nueva Fase del Socialismo?", op. cit., 97.

<sup>328</sup> Ernesto Ottone, "Democratización y Nueva Hegemonía en Chile", en Jorge Arrate y otros, "Siete Ensayos sobre Democracia y Socialismo en Chile", op. cit., 149.

torno a la relación entre socialismo y democracia, definido el primero por Jorge Arrate como "el orden social de la justa diferencia" y la segunda como la "organización política para el ejercicio de la libertad"<sup>329</sup>.

Esta nueva síntesis tendría como núcleo central la superación de la ambigüedad en torno a la democracia política que el PSCH desarrolló desde sus orígenes, y la afirmación del valor central, desde la propia perspectiva socialista, de la democracia política y sus instituciones.

Producto de este replanteamiento radical, característico del proceso de renovación, socialismo y democracia son vistos como inseparables. Se descarta, pues, la tesis de las dos "fases": la fase de las tareas democráticas (revolución democrática-burguesa) seguida de la fase de las tareas socialistas (revolución socialista). Pero no para postular, como ocurriera desde los años cincuenta en adelante, que ambas tareas habrían de realizarse simultáneamente en la revolución socialista, sino para afirmar que el socialismo sólo tiene posibilidades de un auténtico desarrollo al interior de un régimen democrático de gobierno. La discusión, pues, no gira en torno al tipo de revolución (democrático-burguesa o socialista) sino al tipo de régimen político (democracia o dictadura).

De este modo, la democracia en cuanto régimen político aparece como una opción propiamente socialista; o, de un modo más general, como el "espacio y límite" de la acción política —siguiendo la definición de Arrate. La opción del socialismo, pues, es una opción por la democracia, en cuanto régimen político. Pero, como también hemos visto, no todo socialismo es democrático. La experiencia de los "socialismos reales" demostraría la existencia de socialismos autoritarios. Frente a ese modelo y a la propia experiencia traumática de la dictadura militar chilena, surge una reacción contra toda forma de autoritarismo, de derecha o izquierda. La opción por la democracia se justifica pues, desde la propia perspectiva socialista, en el sentido de que "fuera de la democracia política los hombres concretos carecen de garantías efectivas ante la maquinaria del poder. El pueblo queda supeditado a un poder que no genera ni controla. Igual ocurre con los derechos humanos"<sup>330</sup>.

Este es el sentido profundo del proceso de renovación socialista.

Pero, entonces, ¿de qué socialismo se trata? La tesis que pareciera imponerse a este respecto es la de la "profundización" democrática. Si no hay tal cosa como una fase democrática seguida de una fase socialista y si la democracia es el régimen político que se postula como permanente, lo que cabe, desde la propia perspectiva socialista, es luchar por ampliar, extender, profundizar dicha democracia; fortalecerla en sus elementos reales sin descuidar sus aspectos formales, en una perspectiva más global de democratización.

<sup>329</sup> Jorge Arrate, "Catorce Años Es, para un Ser Humano, un Tiempo Relativamente Largo": discurso a su vuelta del exilio, en revista *Apsi* (12 al 18 de octubre de 1987), 23.

<sup>330</sup> Julio Silva Solar, "¿Hacia una nueva fase del socialismo?", op. cit., 104.

El socialismo, en esta perspectiva, es visto como proceso, sin que ello signifique necesariamente descuidar la utopía o renunciar a la introducción de cambios radicales; todo ello, sin embargo, dentro de los límites de la democracia "formal". Esta tesis, la del socialismo como profundización democrática, pareciera prevalecer al interior de la izquierda renovada<sup>331</sup>.

Todo lo anterior conduce a una conclusión práctica de enorme trascendencia relacionada, a su vez, con la autocrítica asumida respecto de la experiencia de la Unidad Popular. Si el propio proyecto socialista ha de desarrollarse dentro de los límites de la democracia política, si lo que se desea es la profundización de la democracia y no su sustitución, no queda sino aspirar a tener tras de sí a una sólida mayoría política y social. Esta carencia, tal como hemos dicho anteriormente, habría estado en el centro del fracaso de la Unidad Popular.

Si bien es cierto que, en una perspectiva más global, la izquierda renovada aspira a identificarse con los intereses de la nación —y no de un grupo o clase en particular— las tareas socialistas propiamente tales, en la línea de profundización democrática señalada, requieren de un apoyo mayoritario. El compromiso radical con la democracia, señala Garretón, "consiste en que sólo se pueden hacer ciertas cosas en política si se cuenta con mayorías para ello y esas mayorías están definidas por ciertas reglas preestablecidas y que en ningún caso pueden afectar los derechos básicos de los miembros de la sociedad"<sup>332</sup>.

Aspirar a representar al conjunto de la nación, contando con una mayoría que permita llevar a cabo las tareas de transformación socialista requiere, en el terreno político concreto, de la conformación de un gran "bloque histórico por los cambios"; un bloque por los cambios "capaz de concertar una mayoría suficiente para democratizar el país e impulsar las transformaciones estructurales en lo económico y social, que son requisito ineludible de la democracia"<sup>333</sup>. Esta es vista como "la tarea central del partido", en una perspectiva más global de democratización.

De lo que se trata, en definitiva, es de construir una nueva hegemonía en la sociedad, en una perspectiva nacional, teniendo tras de sí a una sólida mayoría política y social y desde el interior de un "bloque histórico por los cambios". Esta vocación nacional y mayoritaria, en este significativo sector de la izquierda chilena, rompe con el esquema clásico de revolución basado en la toma del poder por asalto y postula, en cambio, un socialismo en términos de profundización democrática, lo que requiere entre otras cosas de "un enorme esfuerzo hegemónico"<sup>334</sup>.

<sup>331</sup> Ver, sobre esta tesis, "Llamamiento de Milán por la Convergencia Socialista", en *Chile-América* (80-81, julio-septiembre de 1982) 77; Bloque Socialista, "Manifiesto de los Socialistas Chilenos", en *Chile-América* (88-89, julio-octubre de 1983); José Joaquín Brunner, entrevista en revista *Análisis* (22 de abril de 1980), entre otros.

<sup>332</sup> Manuel Antonio Garretón, "¿En qué consistió la Renovación Socialista?", op. cit., 30.

<sup>333</sup> "Informe Político del Comité Central al Pleno Nacional del PSCH", op. cit., 1.

<sup>334</sup> Ernesto Ottone, "Notas sobre Pluralismo y Democracia", en *Encuentro de Chantilly I*, op. cit., 28.

Una lectura superficial de lo anterior nos debería llevar a la conclusión de que lo que caracteriza al proceso de renovación socialista es un giro teórico desde una perspectiva leninista a una gramsciana: un giro que significa, entre otras cosas, abandonar la estrategia del ataque frontal en el Estado (el momento de la dominación) para concentrarse en la sociedad civil y sus instituciones (el momento de la hegemonía).

Sin embargo, lo anterior resulta insuficiente a partir de la nueva problemática planteada por el caso chileno y la crisis de los "socialismos reales". En efecto, la evolución reciente del socialismo chileno va mucho más allá del paso desde una perspectiva leninista a una gramsciana. Ninguna de las dos perspectivas nos ayuda a entender la problemática central al interior de este proceso, la que está dada por la cuestión de la democracia —largamente ignorada por Gramsci. En este sentido, la discusión central al interior de esta izquierda renovada, como lo hemos dicho y reiterado, no gira en torno al problema del tipo de revolución (el paso de la Guerra de Maniobras a la Guerra de Posiciones, diríamos) sino del tipo de régimen político (democracia o dictadura). Es este último el dilema a resolver, y es en la adhesión a las instituciones de la democracia representativa en una perspectiva más amplia de democratización, donde reside lo más característico del proceso de renovación del socialismo chileno.

### *El Desarrollo Orgánico*

Hemos dejado para el final aquello con lo que bien pudimos haber comenzado este capítulo, considerando, no obstante, que el proceso de renovación socialista aún no se encuentra totalmente definido en términos de su desarrollo orgánico. En todo caso, aunque esto último aún permanezca como una pregunta abierta —que se va clarificando en el contexto de la transición a la democracia actualmente en marcha— es en el nivel teórico donde reside la riqueza mayor del proceso de renovación y es por ello que nos hemos querido concentrar en ese aspecto.

Básicamente, en lo que se refiere al desarrollo orgánico de la izquierda renovada podemos distinguir, a partir de 1973, tres etapas bastante delimitadas. La primera de ellas, a la que ya nos hemos referido y que se extiende de 1973 a 1979, está marcada por la pugna que se va incubando al interior del Partido Socialista y que culmina con el quiebre de abril de 1979. Como hemos señalado en la primera parte de este capítulo, dicha disputa, no muy perceptible en un comienzo, termina por revelar la existencia de dos concepciones antagónicas: por un lado, una lectura leninista del quiebre democrático, que enfatiza las carencias al nivel de la "vanguardia" y que se proyecta hacia el futuro en la lógica del marxismo-leninismo y, por otro, una lectura que hemos llamado de "reafirmación democrática", que enfatiza la insuficiente valoración de la democracia política en la etapa anterior al golpe militar de 1973 y que se proyecta hacia adelante en la dirección de un nuevo socialismo democrático, de rechazo explícito al leninismo.

La primera tendencia tiene su raíz en el documento de marzo de 1974 de

la Dirección Interior del PSCH; se desarrolla y consolida en tres plenos clandestinos (1976, 1977 y 1979), el último de los cuales termina por remover a Altamirano de la secretaría general del partido; y concluye en la formación del PS-Almeyda tras el quiebre de 1979. La segunda, en cambio, tiene su raíz en el rechazo del documento de marzo, se aglutina en torno al Secretariado Exterior del PSCH, al menos hasta marzo de 1979, y culmina con la formación del PS-Altamirano, tras el mencionado quiebre.

No obstante, Altamirano abandona el liderazgo del partido a partir de 1980, tras el así llamado 24 Congreso y comienza una segunda etapa que se extiende de 1979 a 1983 y que se caracteriza por el proceso conocido como de Convergencia Socialista. Este es el período de mayor debate intelectual en el que se van definiendo los principales lineamientos teóricos de la renovación socialista, los que hemos procurado recoger en este capítulo.

Dicha convergencia abarca a distintas fuerzas políticas y sociales, y puede entenderse al menos en un doble sentido: por un lado está la convergencia, básicamente entre sectores socialistas "históricos" y sectores de "origen cristiano" (MAPU e Izquierda Cristiana), junto a un importante grupo de intelectuales sin filiación partidaria; y, por otro, la convergencia que comienza a darse entre sectores del exilio y del interior. Ambos procesos culminarán en la reorganización del Partido Socialista, a partir de 1983. Dicha fecha marcará el inicio de la tercera etapa de desarrollo en el proceso de renovación socialista.

En breve, la Convergencia Socialista es la forma orgánica que toma el proceso de renovación descrito en las secciones anteriores. En dicho proceso confluyen básicamente los socialistas "altamiranistas" (o 24 Congreso) que emergen del quiebre de abril de 1979 (Carlos Altamirano, Jorge Arrate, Ricardo Núñez, Erich Schnake, Armando Arancibia, Luis Alvarado, Luis Jerez, entre otros) y los socialistas así llamados "de origen cristiano" (desprendidos de la democracia cristiana), los que comprenden el Mapu Obrero y Campesino (MOC) (José Antonio Vieragallo, José Joaquín Brunner, Tomás Moulián, Jaime Gazmuri, Juan Gabriel Valdés, Jaime Estévez, Jorge Molina, Marcelo Contreras, entre otros), el MAPU (Eugenio Tironi, Oscar Guillermo Garretón, Ricardo Brodsky, Javier Martínez, entre otros) y la Izquierda Cristiana (Luis Maira, Sergio Bitar, Roberto Celedón, entre otros). Junto a estos sectores se unieron a la Convergencia Socialista sectores socialistas independientes (siendo los dos más destacados Aniceto Rodríguez y Raúl Ampuero, ex secretarios generales del PSCH), sectores provenientes del MIR (Carlos Ominami y Gonzalo Martner), del PC (Luis Razeto, Alejandro Rojas y Ernesto Ottone), del Partido Radical (Aníbal Palma, Orlando Cantuarias y Víctor Manuel Rebolledo) y un grupo de intelectuales socialistas entre los que destacan Manuel Antonio Garretón y Ángel Flisfisch —ambos, junto a Brunner y Moulián, de la Flaco. Aunque no todas las personas mencionadas participarían en el Partido Socialista que resultaría del proceso de renovación, todos ellos contribuyen, unos más que otros, al proceso de convergencia socialista.

También en dicho proceso se va dando una creciente afinidad o convergencia entre sectores del exilio y del interior.

En el exterior, el punto de partida del proceso de Convergencia Socialista puede encontrarse en las reuniones de Ariccia, Italia, en marzo de 1979 y enero de 1980. Bajo el título de "El Socialismo Chileno: Historia y Perspectivas", dicho seminario tuvo como objetivo la búsqueda de las convergencias que permitiesen volver a reunir a las distintas corrientes de lo que se denominó "el área socialista". Organizado por el ex senador y ex secretario general del PSCH, Raúl Ampuero, por primera vez dicho seminario plantea las ideas de renovación y convergencia como partes de un mismo proceso. De dicho seminario surgió un Comité de Enlace, dirigido por el propio Ampuero, el que se planteó el objetivo de darle una mayor forma orgánica a dicho proceso —lo que, a decir verdad, nunca se cumplió cabalmente<sup>335</sup>.

En agosto de 1980, en su documento "8 Tesis sobre una Estrategia Socialista para Chile", presentado al 24 Congreso del PSCH, Altamirano da su apoyo al proceso de convergencia socialista<sup>336</sup>. Así, el socialismo "histórico" plantea la necesidad de un agrupamiento con las fuerzas "de origen cristiano".

Desde 1981 el proceso adquiere una inusitada fuerza. En febrero-abril de 1981 un grupo de socialistas exiliados en México inicia una publicación trimestral bajo el nombre de *Convergencia*. Esta se presenta como una "revista del socialismo chileno y latinoamericano", y "órgano de expresión del Centro de Estudios Socialistas Eugenio González". Junto a la revista *Chile-América* se transformará en una de las principales tribunas de debate al interior de la izquierda renovada. En julio, un grupo de socialistas pertenecientes a este proceso suscribe el "Llamamiento de Milán por la Convergencia Socialista", nuevamente referido a los procesos de renovación y convergencia<sup>337</sup>. En octubre del mismo año, en Roma, se suscribe una declaración pública por parte de los tres últimos secretarios generales del PSCH (Raúl Ampuero, Aniceto Rodríguez y Carlos Altamirano), manifestando su apoyo al proceso de renovación de la izquierda y de convergencia entre sectores "históricos" y "cristianos"<sup>338</sup>. Finalmente, en el mes de febrero de 1983 se suscribe en Madrid, por parte de diversas expresiones de la izquierda renovada, representados por delegados provenientes de Chile, Estados Uni-

<sup>335</sup> Ver, La Liga por los Derechos y la Liberación de los Pueblos. "Una Propuesta para el Área Socialista Chilena" (Mimeo, 1979/1980), con los contenidos básicos de ambos seminarios. Ver, también, *Chile-América* (60-61, enero-febrero de 1980). Años más tarde, al momento de una evaluación sobre el proceso de renovación socialista, dicho seminario sería considerado como un verdadero "punto de inflexión" (Victor Manuel Rebolledo, editor del libro "La Renovación Socialista: Balance y Perspectivas de un Proceso Vigente", op. cit., 11). Sobre la evolución de la "Convergencia Socialista" ver Andrés Benavente, "Panorama de la Izquierda Chilena, 1973-1984", en *Estudios Públicos* (18, otoño de 1985) 178 y siguientes.

<sup>336</sup> Carlos Altamirano, "8 Tesis Sobre una Estrategia Socialista para Chile", citado en Pollack y Rosenkranz, op. cit., 197.

<sup>337</sup> Dicho documento puede encontrarse en *Chile-América* (80-81, julio-septiembre de 1982).

<sup>338</sup> Este documento puede encontrarse en *Convergencia* (7-8, enero de 1983).

dos, América Central y Europa, el documento "Objetivos Políticos Esenciales de la Convergencia Socialista", en una línea similar a la anterior<sup>339</sup>.

Otro hito importante en el proceso que se da desde el exilio es la realización del Congreso de Chantilly, organizado por el Instituto para el Nuevo Chile, con sede en Holanda, y la Asociación para el Estudio de la Realidad Chilena, con sede en Francia. Dicho congreso tuvo lugar en septiembre de 1982 y luego en septiembre de 1983. Ambos encuentros reunieron a representantes de la renovación socialista tanto de Chile como del exterior.

Paralelamente a este proceso en el exterior se fue dando un proceso similar en el "interior". Ya hacia fines de la década de 1970 se había consolidado un importante núcleo de intelectuales alrededor de la Flacso (Brunner, Flisfisch, Garretón y Moulián) y Sur (Tironi y Martínez), ambas instituciones dedicadas a las ciencias sociales. En junio de 1980 el proceso descrito adquirió un nuevo impulso con la creación del Secretariado de la Convergencia, que reunió en una sola organización al PS-24 Congreso ("altamiranistas"), el MOC, el MAPU y la Izquierda Cristiana. En agosto del mismo año un grupo de socialistas representantes de la izquierda renovada publica el documento "Convergencia Socialista: Fundamentos de una Propuesta", el que reúne las reflexiones de un seminario realizado en Santiago. A dicho documento nos hemos referido profusamente en las secciones anteriores.

En junio de 1981 la Izquierda Cristiana publica el documento de su Comisión Política "Seis Tesis para la Convergencia Socialista", en que confirma su voluntad de renovación y la necesidad de converger con los sectores del socialismo "histórico". De especial interés para dicho partido resulta la posibilidad de una convergencia entre marxistas y cristianos<sup>340</sup>. En agosto del mismo año un grupo de cientistas sociales reunidos en torno al Grupo por la Convergencia Socialista suscribe el documento "Convergencia Socialista: un Horizonte Democrático". Este documento resume muy bien las principales tesis de la renovación, a las que ya hemos hecho mención: la revalorización de la democracia, el impacto de la dictadura, la crítica de los "socialismos reales", la necesidad de un socialismo entendido en términos de "profundización" democrática, y la necesidad de convergencia entre distintas fuerzas sociales y políticas, de diverso origen<sup>341</sup>.

Todo este proceso, desencadenado principalmente a partir del quiebre del Partido Socialista en abril de 1979, tanto desde el exterior como del interior, y desde las más variadas vertientes de la izquierda chilena (históricas, cristianas y racionalistas-laicas) va confluyendo orgánicamente en la Convergencia Socialista. Esta última adquiere los caracteres de un movimiento más que de un partido y le da un inusitado dinamismo al proceso de renovación socialista.

<sup>339</sup> Dicho documento puede encontrarse en *Chile-América* (84-85, enero-febrero-marzo de 1983), 59.

<sup>340</sup> Izquierda Cristiana de Chile, Comisión Política, "Seis Tesis para la Convergencia Socialista" (Mimeo, junio de 1981).

<sup>341</sup> Dicho documento puede encontrarse en *Convergencia* (3-4, agosto-octubre de 1981).

Sin embargo, el proceso se vio interrumpido hacia la mitad de 1983, iniciándose la tercera etapa, caracterizada por la reorganización del Partido Socialista en una perspectiva más autónoma y de mayor consistencia orgánica.

El motivo principal detrás de la interrupción del proceso de convergencia estuvo dado por la suscripción, por parte del socialismo "altamiranista" (PS-24 Congreso), del documento "Manifiesto Democrático" en marzo de 1983, y su posterior ingreso a la Alianza Democrática (AD), formada en agosto del mismo año. Tanto la suscripción del manifiesto como el posterior ingreso a la AD, con fuerte presencia demócratacristiana, socialdemócrata y radical, junto a un pequeño sector de derecha, fue visto por parte de ciertos sectores de la Convergencia Socialista como una alternativa de centro que resultaba inaceptable pues, entre otras cosas, excluía a un importante sector de la izquierda. Esta fue, al menos, la reacción del Mapu y la Izquierda Cristiana, los que no estaban dispuestos a romper con el perfil y la unidad de la izquierda. El fin de la Convergencia Socialista, hacia ese período, coincidió con un quiebre en el propio PS-Almeyda a raíz de que algunos de sus dirigentes también adhirieron a la AD (Carlos Briones, Akim Soto y Julio Stuardo). El PS-Almeyda, por su parte, pasó a integrar el Movimiento Democrático Popular (MDP), formado en septiembre de 1983, junto al Partido Comunista y al MIR.

A fin de constituir una alternativa al MDP, la izquierda renovada, procurando revivir la Convergencia Socialista forma, en septiembre de 1983, el denominado Bloque Socialista (BS). Este último estuvo conformado por los mismos integrantes que en junio de 1980 habían dado lugar al Secretariado de la Convergencia (PS-24 Congreso, Mapu, MOC e IC), más el Grupo por la Convergencia y la Convergencia Socialista Universitaria<sup>342</sup>.

Sin embargo, esta organización muy pronto se disolvió. La razón estuvo nuevamente constituida por la política de alianzas. En efecto, mientras que la mitad de sus miembros (PS-24 Congreso, MOC y Grupo por la Convergencia) estuvieron por permanecer en la AD, la otra mitad (IC, MAPU y Movimiento de Convergencia Universitaria) estuvieron por no hacerlo, considerando que el BS debía constituirse en una alternativa a la AD y el MDP. En definitiva, el BS terminó por disolverse y fue justamente en torno al primer grupo de partidos, partidarios de permanecer en la AD, que en los meses siguientes se reorganizó el Partido Socialista, con organización y dirección propias.

Esta tercera etapa, que comienza con la adhesión, en la primera mitad de 1983 del PS-24 Congreso al Manifiesto Democrático y la AD, marcando el fin de la Convergencia Socialista, se consolida a partir de octubre de 1983 con la elección de una autoridad colegiada, y en mayo de 1984 con la elección

<sup>342</sup> El comunicado público emitido por el BS señala que, ante la "crisis" que vive el país, un grupo de partidos representantes de los "principios de la renovación socialista" han decidido la constitución de dicho referente, a fin de convertirse en "actor político nacional" y "eje y referente del movimiento popular"; todo ello, junto con señalar su adhesión a la AD. Ver *Chile-América* (88-89, julio-octubre de 1983), 42.

de autoridades unipersonales. Así, lo que primero había sido el sector "altamiranista", y luego un sector significativo de la Convergencia Socialista y del Bloque Socialista, pasaba a constituir un verdadero partido socialista autónomo, con organización y dirección propios.

Estos sectores suscriben, el 4 de septiembre de 1983, un acta en la que expresan su intención de constituir un Comité Central de 36 personas, junto a una Comisión Política de 6. Esto último tiene lugar en octubre de 1983, fecha que puede señalarse como constitutiva del nuevo Partido Socialista. Dicho CC resulta de la reunión de los seis principales sectores socialistas reunidos en el antiguo Comité Político de Unidad (CPU), el que procede a disolverse. Ellos son: el PS-24 Congreso ("altamiranistas"), encabezados por Ricardo Núñez, los "ex almeydistas", encabezados por Akim Soto, los Suizos, encabezados por Ricardo Lagos, los Humanistas, encabezados por Alfredo Molina (y ligados al antiguo dirigente Manuel Mandujano), los Históricos, ligados a Juan Gutiérrez, y una reunión de grupos de menor envergadura (MAS/USOPO/MR) encabezados por Víctor Sergio Mena. Las 6 personas nombradas pasan a conformar la nueva Comisión Política<sup>343</sup>.

En mayo de 1984 se elige la primera autoridad unipersonal del partido, elección que recae en Carlos Briones —en adelante el partido será reconocido como PS-Briones. Junto a Briones, Hernán Vodanovic queda como subsecretario general, junto a una Comisión Política conformada además por Ricardo Lagos, Heraldito Muñoz, Eduardo Trabucco, Akim Soto, Augusto Jiménez, Ricardo Núñez y Alfredo Molina.

No obstante, puede decirse que es sólo en junio de 1985, en la reunión de Punta de Tralca, que el PSCH adquiere una fisonomía más definitiva. Pese a que las tendencias del PS-Histórico (Juan Gutiérrez) y Humanistas (Manuel Mandujano) ya se habían retirado —por disputas de liderazgos— en esa fecha tuvo lugar la integración definitiva de los socialistas del tronco "histórico" con los socialistas de "origen cristiano" y, más que nada, con el núcleo de intelectuales detrás del proceso de renovación. Es así como en dicha reunión se integra orgánicamente al PSCH el MOC, el que se disuelve como partido. Ocho de sus miembros pasan a integrar el Comité Central del partido. Hacia esa misma fecha, un grupo de intelectuales y profesionales, provenientes del MOC y del MAPU, pero también del MIR y de sectores socialistas independientes, identificados todos ellos con lo que se conoció como Grupo por la Convergencia, adhieren al PSCH. Entre ellos, podemos mencionar a Manuel Antonio Garretón, Gonzalo D. Martner, José Joaquín Brunner, Eugenio Tironi, Angel Flisfisch, Carlos Ominami y Javier Martínez;

<sup>343</sup> Esta información y la que sigue me fue confirmada por Luis Alvarado, miembro del Comité Central del PSCH y subsecretario general del mismo a partir de 1989, en entrevista de 16 de noviembre de 1987. Sobre este proceso de reagrupamiento socialista también se puede ver Arturo Navarro, "Los Socialistas", en revista *Apsi* (6 al 19 de marzo de 1984) 12 y siguientes; Andrés Benavente, "Socialistas Fracción Briones", en revista *Alternativa* (7 de mayo de 1986) 12 y siguientes; "La Izquierda de Ayer y de Hoy", reportaje aparecido en revista *Qué Pasa* (756, 3 al 9 de octubre de 1985), 16 y siguientes; y "El Socialismo, ¿Ha Cambiado?", en revista *Qué Pasa* (20 al 26 de febrero de 1986).

es decir, algunos de los principales intelectuales detrás del proceso de renovación socialista.

Más tarde, en junio de 1986, habrá un nuevo cambio de autoridades colegiadas y unipersonales, con lo que el PSCH adquiere una fisonomía más definitiva. En el Pleno Nacional realizado en dicha fecha, se elige como secretario general del partido a Ricardo Núñez ("altamiranista") —de ahí en adelante el partido será conocido como el PS-Núñez— y como subsecretario general a Jorge Molina (MOC). Junto a ellos dos, y a Carlos Briones, quien integra el Comité Central por derecho propio, el CC queda constituido por otras cuarenta personas. Finalmente, tres puestos en el Comité Central se reservan para Jorge Arrate, Erich Schnake (ambos "altamiranistas") y Jaime Gazmuri (MOC), para ser ocupados a su vuelta del exilio<sup>344</sup>.

De esta manera, el nuevo Partido Socialista queda integrado básicamente en torno a los socialistas del tronco "histórico" (altamiranistas, suizos, ex almeydistas, y algunos humanistas) y de "origen cristiano" (MOC y miembros del MAPU, aunque no así de la IC), junto a un importante grupo de intelectuales de diverso origen.

Así, entre 1983 y 1986 el proceso de renovación socialista adquiere una expresión orgánica de mayor consistencia. El Partido Socialista, dirigido por Carlos Briones y luego por Ricardo Núñez, procura representar las ideas fundamentales expresadas en el proceso de renovación socialista llevado a cabo por un significativo sector de la izquierda chilena.

A partir de 1986, junto con la reorganización de las principales fuerzas en el centro, la derecha y la izquierda, el proceso político chileno experimenta un nuevo curso. Entre 1986 y 1989, el régimen militar enfrenta la necesidad de ganar para sí una nueva legitimidad, todo ello en el marco de la Constitución de 1980. Lejos, sin embargo, de ganar en legitimidad, cae en serias contradicciones, lo que permite a las fuerzas opositoras ir ganando terreno<sup>345</sup>. Finalmente, el triunfo político para esta última es definitivo, tanto en el plebiscito de septiembre de 1988, con el triunfo de la opción NO, como en las elecciones de diciembre de 1989, en las que el abanderado único de la oposición, Patricio Aylwin, es elegido por una mayoría absoluta como nuevo Presidente de Chile. El nuevo escenario de la transición a la democracia, y la dinámica del mercado político, traeían aparejados, para el Partido Socialista, nuevos desafíos y transformaciones.

En junio de 1989 tuvieron lugar nuevas elecciones internas en el PSCH, resultando elegido como secretario general del partido Jorge Arrate, con toda certeza, según hemos visto en este capítulo, uno de los principales exponentes del proceso de renovación al interior de la izquierda chilena. En esa oportunidad, aunque careciendo aún de existencia legal<sup>346</sup>, sufragaron la mayor

<sup>344</sup> Los tres retornan del exilio en septiembre de 1987 y pasan a ocupar sus cargos.

<sup>345</sup> Sobre dicho proceso se puede ver Ignacio Walker, "La Dinámica Régimen-Oposición bajo la Dictadura Militar Chilena (1973-1988)", en *Debat* (12, Barcelona, septiembre de 1988).

<sup>346</sup> El Partido Socialista Núñez/Arrate participó en el plebiscito de 1988 y en las elecciones de 1989 a través del "Partido por la Democracia" (PPD), dirigido por Ricardo Lagos, el que sí obtuvo recono-

parte de los 14.800 militantes inscritos en los registros del partido. Junto a Jorge Arrate fue elegido como subsecretario general del partido, Luis Alvarado, ambos representantes de una línea de continuidad con las gestiones de Briones y Núñez.

En las elecciones internas Arrate derrotó a Erich Schnake, a quién suele identificársele con una posición más bien socialdemócrata —dicho, a estas alturas, sin ningún sentido peyorativo—, el que iba acompañado de Akim Soto como candidato a subsecretario general del partido. Finalmente, otro candidato a la subsecretaría general, Heraldo Muñoz, representante de la tendencia encabezada por Ricardo Lagos, obtuvo el tercer lugar —estos dos apoyaban a Jorge Arrate como candidato a secretario general.

El nuevo Comité Central surgido de dichas elecciones, compuesto por cincuenta personas, expresa un relativo equilibrio entre las fuerzas representadas por Jorge Arrate, Erich Schnake y Ricardo Lagos. La demostración más clara, sin embargo, de la ausencia casi total de disputas ideológicas y del gran consenso existente en torno a los contenidos básicos del proceso de renovación socialista —a los que nos hemos referido en este capítulo— es el voto político aprobado por “aclamación”, por parte de los 260 delegados asistentes, en el XXV Congreso del PSCH, celebrado en Costa Azul, en el mismo mes de junio de 1989<sup>147</sup>.

Junto con ratificar la línea de “lucha política democrática de masas” y confirmar la vigencia tanto de la Concepción por la Democracia como del Partido por la Democracia (PPD), el voto aprobado en dicho congreso, presentado de común acuerdo por Arrate, Lagos, Núñez, Schnake y Aniceto Rodríguez, manifiesta su opción por “una democracia plena, pluralista y participativa, donde los derechos de todos sean respetados; donde la libre expresión de ideas y el debate público constituyan el eje de la vida política, junto al libre funcionamiento de los partidos, de las organizaciones populares y de las agrupaciones civiles; donde la voluntad popular se exprese periódicamente dando lugar a una efectiva y pacífica alternancia en el poder; donde la mayoría gobierne y las minorías sean respetadas, ejerzan todos sus derechos, hagan oposición y propongan al pueblo sus alternativas para transformarse a su vez en gobierno”.

Es decir, en el XXV Congreso el PSCH declara su adhesión, desde la propia perspectiva socialista, a las instituciones de la democracia representativa. Lo anterior, en clara oposición a las definiciones adoptadas en los congresos de Linares (1965), Chillán (1967) y La Serena (1971), los que adoptaron una postura de cuestionamiento y rechazo de la llamada democracia “formal” o “burguesa”.

Junto con abogar por un papel activo del Estado en las tareas del desarrollo nacional, por el reforzamiento de la sociedad civil y el establecimiento de

---

cimiento legal. Dicho partido se definió como “instrumental”, para los efectos de servir como vehículo efectivo para la transición a la democracia. En virtud del éxito obtenido, el PSCH lo sigue considerando vigente hacia la etapa de consolidación democrática.

<sup>147</sup> El texto íntegro del voto político puede encontrarse en revista *Cauce* (213, 10 al 16 de julio de 1989).

la verdad y la justicia en los casos de violaciones de derechos humanos ocurridas desde 1973, el XXV Congreso del PSCH señala que "nuestro compromiso con la democracia es inalterable". Ello conlleva la necesidad de un gran acuerdo que permita a la democracia "existir, profundizarse y ampliarse en beneficio de las mayorías", y la conformación de "un amplio bloque por los cambios" comprometido con la "profundización" de la democracia.

Junto con definir al PSCH como una fuerza de izquierda, de tradición revolucionaria, que se inspira en el marxismo —aunque en un sentido no dogmático y al interior de una cultura plural y libertaria a la que concurren "otras corrientes de pensamiento social de inspiración cristiana, humanista y racionalista"— se afirma derechamente la necesidad de "desechar el leninismo por considerarlo una construcción dogmática, autoritaria y reduccionista que no se corresponde con la evolución actual del socialismo en el mundo ni con los ideales democráticos del Partido".

Finalmente, dicho voto político, junto con definir al PSCH como un partido nacional, moderno y popular, con vocación de cambio, inserto activamente en el proceso de renovación del socialismo en Chile y el mundo, llama a la unidad de todos los socialistas chilenos en base a ciertos acuerdos doctrinarios, estratégicos y políticos que habrán de conciliar los elementos de continuidad, asociados a los contenidos históricos del socialismo, con aquéllos asociados al proceso de renovación socialista. El llamado, en este caso, va dirigido principalmente al PS-Almeyda.

Tal vez uno de los aspectos más simbólicos de dicho congreso, sea el representado por la decisión, por 110 votos contra 84 de los delegados asistentes, de pasar a integrar la Internacional Socialista. Ello no sólo marca un giro desde el tradicional "no-alineamiento" característico del PSCH desde su fundación en la década de 1930 —de allí lo reñida de la votación—, sino que confirma lo que hemos señalado en términos de los nuevos vínculos y la recíproca influencia entre el socialismo europeo y el socialismo chileno.

### *Conclusión*

Creemos no exagerar si afirmamos que, por la riqueza y profundidad de sus planteamientos, la radicalidad de la autocritica asumida, y su proyección política nacional e internacional, el proceso de renovación socialista característico de un significativo sector de la izquierda chilena, bien puede compararse a grandes momentos en la evolución del socialismo contemporáneo, desde la "controversia revisionista", al cambio de siglo, hasta el eurocomunismo en los años setenta, y de allí en adelante.

El impacto de la dictadura militar instalada en el poder a partir de 1973, llevó a un significativo sector del socialismo chileno —conocido como izquierda renovada— a un profundo replanteamiento en relación al valor de la democracia representativa y sus instituciones. En esta nueva perspectiva, el socialismo es visto en términos de una tarea de profundización de la democracia, reconociendo que esta última constituye el espacio y límite de la acción política.

En todo este proceso, el socialismo europeo aparece como la principal influencia externa, en al menos dos sentidos: el descubrimiento de las hondas raíces democráticas del socialismo de Europa Occidental, y la constatación acerca de los elementos autoritarios presentes en los regímenes comunistas de Europa del Este. La crisis subsiguiente desatada en estos últimos, especialmente a partir de 1989, no ha hecho sino confirmar a la izquierda renovada chilena en la dirección de reafirmación democrática que hemos señalado.

Hacia adelante, sin embargo, surgen algunas interrogantes en torno al futuro del proceso de renovación socialista, de las que conviene hacerse cargo en esta última parte.

La primera de ellas se refiere a su desarrollo orgánico. Ya hemos visto, en la sección anterior, la evolución del proceso de renovación socialista a este respecto. El nuevo contexto de la transición a la democracia en Chile, sin embargo, y la nueva dinámica del mercado político, plantean nuevos desafíos para dicho proceso.

La hipótesis que queremos dejar planteada, a este respecto, es la de la posible limitante establecida por los factores de cultura política y de mercado político, en los procesos de desarrollo ideológico; todo ello, en relación al proceso de unidad socialista o de reunificación, actualmente en marcha entre el PS-Arrate y el PS-Almeyda.

En efecto, hemos visto que es un abismo ideológico el que separa al PS-Arrate del PS-Almeyda<sup>348</sup>. Bajo ese parámetro, la unidad socialista —esto es, la reunificación entre ambas fuerzas— no tendría cómo prosperar. Sin embargo, nuestro análisis quedaría trunco si sólo lo remitiéramos a esa variable.

Por un lado, no podemos prescindir de los factores de cultura política, especialmente en el caso chileno en que los partidos políticos constituyen verdaderas culturas o subculturas; ello es especialmente cierto en el caso del Partido Socialista. Ya hemos sugerido, anteriormente, que, pese a existir evidentes tensiones entre una verdadera concepción socialista democrática y los conceptos de marxismo y revolución —ambos desechados en la mayoría de los partidos socialistas democráticos de Europa Occidental—, ambos conceptos, por confundirse con una cultura socialista como la chilena, la que desde sus orígenes está marcada por una definición marxista y revolu-

<sup>348</sup> Sólo a modo de ejemplo y para los efectos de dicho contraste, en la convocatoria al XXIV Congreso del PS-Almeyda, de febrero de 1985 —en momentos en que el PSCH-Briones ya tenía una fisonomía más definida— el secretario general del PSCH, Clodomiro Almeyda, aludía a "la ausencia de un mando único" como uno de los factores en la derrota de la Unidad Popular. Añadía lo siguiente: "la afirmación leninista de que no puede triunfar la revolución sin una vanguardia revolucionaria, sin una homogénea fuerza dirigente que la conduzca unitariamente y que aglutine a las fuerzas sociales que la apoyen, ha demostrado una vez más a la luz de nuestra experiencia su profunda e indesmentida verdad". Añadía el dirigente socialista la existencia de "una democracia parlamentaria y electoralista" habría hecho perder el "objetivo central" de la lucha, que estaba dado por la "conquista del poder". Confirmaba, finalmente, el carácter del partido como "vanguardia dirigente de la revolución chilena" y los principios del "centralismo democrático". En el mismo documento anterior, la Comisión Política del PS-Almeyda confirmaba la "concepción leninista" del partido en cuanto "fuerza dirigente de la revolución" y "vanguardia", y la adhesión a "nuestra teoría científica, el marxismo-leninismo" (PSCH-Almeyda, "Convocatoria al 24 Congreso del PSCH", Mimeo, febrero de 1985).

cionaria, habrían sido incluidos en las definiciones adoptadas por el PS-Arrate, en el XXV Congreso de junio de 1989.

Pues bien, algo similar puede decirse en relación al tema de la "unidad socialista". Aunque pueda ser un abismo ideológico el que separe al PS-Arrate del PS-Almeyda —como pensamos que es el caso, efectivamente—, también es un hecho que la cultura socialista chilena está marcada, desde sus orígenes, por una vocación unitaria, tanto del socialismo en particular, como de la izquierda en general.

Una segunda limitante en los procesos de desarrollo ideológico pareciera estar constituida por el factor de mercado político (competencia político-electoral). Nuevamente, por abismante que sea la distancia ideológica que separa al PS-Arrate del PS-Almeyda, difícilmente habrá espacio en el mercado político chileno, en un contexto de transición a la democracia y de competencia político-electoral, para dos (o más) partidos socialistas. En este sentido, la dinámica del mercado político induce una simplificación de la oferta política, en este caso, de la oferta socialista.

Creemos que la evidencia empírica respalda la hipótesis planteada. En efecto, más allá de sus diferencias ideológicas, estas consideraciones relativas a los factores de cultura política y de competencia político-electoral parecieran estar detrás del proceso de reunificación entre el PS-Arrate y el PS-Almeyda, formalizado el 29 de diciembre de 1989. La cultura socialista, marcada por una vocación unitaria, y la nueva dinámica de la competencia político-electoral, la que induce una simplificación de la oferta política en un mercado por definición restringido, nos ayudan a explicar dicha reunificación, por sobre las consideraciones de tipo ideológico planteadas anteriormente.

Con un elemento adicional, sin embargo, lo que nos habla nuevamente de la influencia de los factores externos: que dicho proceso de reunificación tiene lugar en un contexto mundial muy singular, el que refuerza y avala el triunfo de las ideas de la renovación socialista, al interior de dicho proceso de reunificación. En efecto, no es casualidad que dicha reunificación tenga lugar a fines de 1989, tras el desmoronamiento de los regímenes comunistas de Europa del Este. La crisis terminal de los "socialismos reales" y de su sustrato ideológico, el marxismo-leninismo, dejan sin argumentos al PS-Almeyda, el que se suma a un proceso de reunificación que da cuenta del triunfo de las tesis del PS-Arrate y del proceso de renovación socialista.

En efecto, las Bases Doctrinarias y Políticas, fundamento del nuevo Partido Socialista de Chile surgido de la reunificación formalizada el 29 de diciembre de 1989, no hace sino recoger prácticamente todas y cada una de las tesis de la izquierda renovada, en casi perfecta consonancia con el voto político aprobado por el PS-Arrate en su XXV Congreso de 1989<sup>349</sup>.

Así, en el primer capítulo de dichas Bases Doctrinarias y Políticas, titulado "Socialismo y Democracia", el PSCH, junto con reconocer que la democracia asegura "la convivencia armónica entre los diversos componentes de la so-

<sup>349</sup> Las "Bases Doctrinarias y Políticas" del nuevo PSCH reunificado, pueden encontrarse en la revista *Convergencia* (17, enero-marzo de 1990).

ciudad", y "constituye una creación laboriosa de la humanidad, que encuentra en el socialismo su modo más desarrollado de expresión", declara "su ineludible voluntad de contribuir al constante perfeccionamiento de la democracia".

Entre los aspectos más significativos de dichas bases doctrinarias y políticas, podemos mencionar: la incorporación de la Declaración Universal de Derechos Humanos; el rechazo de la violencia como forma de imponer un determinado proyecto político y de toda imposición totalitaria; el valor de la tolerancia y del libre juego de las ideas en la sociedad; la necesidad de contar con una amplia mayoría nacional para realizar las tareas de transformación; la necesidad de luchar al mismo tiempo por la libertad y la igualdad; el carácter revolucionario del partido que se define por la transformación democrática profunda que persigue y no por los medios que se empleen para lograrlos; la necesidad de que se reencuentren en el socialismo chileno las distintas vertientes emancipatorias y revolucionarias del mundo contemporáneo, desde el pensamiento marxista, las mejores tradiciones humanistas y los valores del mensaje cristiano; la necesidad de conformar un gran bloque social y político mayoritario para la extensión y profundización crecientes de la democracia, que abarque al centro progresista y a la izquierda renovada; la necesidad de una estructura democrática en la vida interna del partido; el respeto a las autonomías de las organizaciones sociales; el internacionalismo, humanismo, vocación por la paz, vocación democrática y latinoamericanista del socialismo chileno; el fracaso del estalinismo, de matriz dictatorial y dogmática, según se aprecia en los cambios en los países del llamado "socialismo real"; la necesidad de privilegiar los vínculos internacionales en tres ámbitos: el latinoamericano, europeo-occidental y el campo socialista; el inalterable compromiso con la democracia, procurando los acuerdos para que ésta pueda existir, profundizarse y ampliarse, velando por sus reglas formales y la participación ciudadana; la adhesión a una democracia plena, pluralista y participativa y al Estado de Derecho; la necesidad de conciliar el crecimiento económico con la justicia social y el bienestar colectivo, entre otros aspectos referidos al momento político relativo a la transición a la democracia. Todo lo anterior, apuntando a la constitución de una nueva hegemonía social y político-cultural, en el marco de un gran bloque social y político por los cambios que reúna a las fuerzas del centro progresista y la izquierda renovada.

Tanto en su congreso de junio de 1989, como en la intervención de Jorge Arrate en un Pleno nacional del PS-Almeyda de octubre de 1989, el PS-Arrate mantuvo la postura que la "unidad socialista" debía tener lugar sobre "sólidas bases doctrinarias y políticas", incluyendo "elementos de nuestra propia perspectiva que consideramos adquisiciones ya logradas y a las que no podríamos renunciar sin poner en duda el significado de lo que hemos hecho hasta ahora"<sup>350</sup>. El triunfo de las ideas de la renovación socialista en el proceso

<sup>350</sup> Jorge Arrate, secretario general del PSCH, en el Pleno Nacional del PS-Almeyda, del 14 de octubre de 1989. Mimeo.

de reunificación confirma el interés del PS-Arrate por asentar la unidad socialista sobre sólidas bases doctrinarias y políticas.

Una segunda interrogante, hacia adelante, dice relación con los grados de consistencia (o inconsistencia) entre las definiciones en el plano de las ideas y la práctica política del nuevo PSCH. Hemos dicho que el proceso de renovación socialista está más avanzado en el plano de las definiciones a nivel teórico que en el de su desarrollo orgánico. Más incertidumbre existe, todavía, en relación a su práctica política, en el contexto de la nueva democracia que se inaugura en Chile.

Esta segunda interrogante no surge de la nada. Durante una buena parte de su historia, y así creemos haberlo demostrado en el capítulo anterior, el PSCH dio cuenta de una permanente tensión o contradicción entre su retórica y su práctica. En ese caso, y especialmente en ciertos momentos, la adopción de un discurso radical, con referencias al marxismo-leninismo y la vía armada, entre otras expresiones semejantes, chocaba con la práctica política de un partido que desde sus inicios estuvo inmerso en las instituciones de la democracia representativa. Aun así, no deben minimizarse la importancia de la retórica, los discursos, el lenguaje. Hemos visto cómo la Vía Allendista, en "democracia, pluralismo y libertad", entró en una clara contradicción con las nuevas definiciones adoptadas por el PSCH a fines de la década de 1960 y comienzos de los años setenta, con los resultados que son conocidos.

Si a lo anterior sumamos las nuevas contradicciones que emergen del proceso de reunificación socialista, con la incorporación del bagaje político-ideológico del PS-Almeyda, hay motivo suficiente para plantearnos la interrogante sobre los grados de consistencia (o inconsistencia) entre el discurso y la práctica de un partido, como el socialista, que desde sus orígenes ha sido rico en contradicciones internas.

Sólo con el transcurso del tiempo y el decurso ulterior del actual proceso de reunificación socialista, sabremos responder a esta segunda interrogante.

Finalmente, la tercera interrogante que nos planteamos —entre otras que podríamos señalar— se refiere a los contenidos económico-sociales del proceso de renovación socialista, en el marco de la reunificación actualmente en marcha entre el PS-Arrate y el PS-Almeyda.

No es un misterio que las grandes transformaciones que experimenta el socialismo a nivel mundial están relacionadas con los profundos cambios productivos y tecnológicos, y la creciente internacionalización de la economía y la política, ocurridos en las últimas dos décadas. En el caso chileno, podemos agregar el hecho de que el proceso de renovación —y ahora de reunificación— socialista se da en el contexto de los profundos cambios estructurales que han tenido lugar a nivel económico en la última década y media.

Los planteamientos de la renovación socialista en relación al tipo de régimen político deseado están suficientemente perfilados: ellos adhieren, sin ambigüedad, a las instituciones de la democracia representativa, en una perspectiva más amplia de democratización. La pregunta que surge es, ¿qué definiciones adoptará el proceso de renovación y reunificación socialista en

materia económico-social, en el contexto de los profundos cambios habidos en Chile y el mundo en los últimos años?

Como se puede ver, el proceso de renovación socialista chileno no está concluido. Aunque su contenido principal está dado por la cuestión de la democracia —y en este sentido sí está suficientemente definido— aún están pendientes la forma definitiva que adoptará en relación a su desarrollo orgánico, los grados de consistencia entre las definiciones adoptadas y su práctica política, y los contenidos económico-sociales de la renovación socialista; todo ello, en el marco de la reunificación socialista actualmente en marcha, lo que añade un nuevo elemento de complejidad a las interrogantes planteadas a partir de la incorporación del PS-Almeyda, con su bagaje de matriz leninista.